

DEFINITIVAMENTE NO EL CHICO BUENO

NIAM JAY agradecimientos

Quiero agradecer en primer lugar a Dios, por enviarme la señal que necesitaba en el momento justo para no rendirme.

Ahora bien, gracias infinitas a mis padres, mi hermano y el resto de mi familia (incluidos los de corazón), porque el simple hecho de tenerlos en mi vida me hace bien.

Gracias especiales a mi talentosa alma gemela de otra vida y *sensei* de la maldad, Darlis, por su infinito apoyo y, sobre todo, por creer en mí siempre.

Gracias a mi Mintyhermana talentosa y genial por ser la fan más fan, por la preciosa cubierta y por siempre estar a un WhatsApp de distancia cuando necesito a alguien con quien hablar sobre lo que sea, a la hora que sea.

A mis Willa, Du y Agus bellas por todo el cariño, apoyo y risas que siempre me dan. ¡LV squad siempre y para siempre!

A Andy (Zelá), Carito (Cee) y Alex por obsequiarme su invaluable tiempo para echarle un vistazo a esta historia y darme sus opiniones (y porque a las tres las quiero y admiro un montón).

A mi Mariquita bella por siempre sacar las garras por mí, animarme, consolarme, aconsejarme y recomendarme series adictivas que luego no puedo dejar de ver.

A Naty Vargas por ser la genial amiga que es, siempre dispuesta a *fangirlear* conmigo sobre cualquier cosa que sea *fangirleable*. Y también a Andy Vargas y Emi D'Angelo por su amistad y los increíbles momentos que compartimos en TotallyWritable.

A la panda Dani, por ser tan amable como para compartirme su sabiduría a la hora de pulir esta historia.

A todos los habitantes del Prado y las integrantes de ese *staff* bello que me ayudó a sostener e impulsar mi sueño (lo sigue haciendo, chicas). ¡Las adoro hasta el infinito!

A Danny y Arlette Alcocer, Dulce Jocelyn, Jacqui Pérez, Pau Moguel, Julia Camas, Yami Solórzano y Leonela Zamudio por guardarme el secreto y no pensar que estaba demasiado loca cuando les conté que me gustaba escribir. Tal vez no lo sepan, pero significó muchísimo para mí poder compartirles algo de lo que me asustaba hablar en voz alta.

A Danny, de nuevo, por ayudarme con mi foto de la solapa.

A la editorial y sus colaboradores, por darme la oportunidad de hacer este sueño realidad y por todo el apoyo que me han brindado a lo largo del proceso de publicación.

A Suemy Valentina, Julia Matsubin, Karen, Xiao, Yoshira y a todas esas queridas amigas que han estado conmigo desde que nos conocimos en MILK o FFBOF.

A mis maravillosos, locos y amados lectores que siempre se hacen presentes y que, de algún modo u otro, han contribuido a tener este libro en físico: sepan que cada uno de ustedes tiene un pedacito de mi muy mexicano y blandengue corazón.

Gracias especiales (y también disculpas) a todas esas personas cuyos nombres merecen ser mencionados aquí pero que mi mente, a la 1:48 AM, no logra recordar.

Y por último, pero no menos importante, gracias a ti, que estás leyendo esto por haberle dedicado algo de tu tiempo a esta historia. Como siempre digo: para mí el tiempo no es oro, es vida. Entonces, ¿cómo no apreciarte a ti, lector, por obsequiarme de algo tan inestimable como eso?

DEDICATORIA

A todas aquellas personas que, como yo, han tenido el maravilloso placer de pertenecer a un fandom.

FORMACIÓN Y CARRERA

- Según el mismo DJ Johnson, la forma en la que conoció a James y Logan fue bastante peculiar e inesperada. «Lo primero que pensé de ellos dos es que estaban locos, y luego descubrí que eran un par de locos con talento. Inmediatamente pensé que debería hacer algo con ellos. Ahí nació la idea de crear una banda», dijo el CEO de Beat Entertainment.
- El 28 de junio del 2004 Beat Entertainment hizo públicas sus intenciones de crear dicha banda masculina, que ya contaba con dos miembros, abriendo la convocatoria para las

audiciones, donde esperaba encontrar a los tres restantes.

- El 13 de septiembre del 2004 Eric fue seleccionado como el tercer miembro de la banda, en ese entonces, aún sin nombre.
- Luego de un largo viaje en auto desde Toronto en el que acompañaba a su mejor amigo, y sin aspirar a nada más que comerse un buen pretzel, el 1 de octubre del 2004 Blake Walker fue sorprendido al ser elegido como el cuarto miembro de la agrupación.
- Fue el 20 de octubre del 2004, estando a punto de rendirse con las audiciones, que DJ Johnson encontró a Carter Lee gracias a su «ángel de la guarda», como él llama a su esposa. «Tess se encontraba en Boston visitando a sus padres cuando el destino le hizo topar con una presentación callejera que aglutinaba al público a su alrededor. Ella estaba tan sorprendida cuando lo escuchó cantar... Mi esposa sabía que el chico merecía un público mucho más grande que el que tenía allí», comentó años más tarde, durante una entrevista.
- Tras haber firmado los contratos, Johnson envió a los cinco muchachos a vivir juntos en una misma casa bajo el cuidado de Michael "Mike" Dunn, quien había sido nombrado mánager del grupo. «Daniel tiene métodos locos pero efectivos, los chicos necesitaban convivir y conocerse mejor, crear un lazo, antes de pensar en subirse a cantar a un escenario», afirmó Mike a la revista *People*.
- El 8 de agosto del 2005 el primer sencillo de la banda, titulado *Midnight talks*, fue liberado, alcanzando la posición 16 del Billboard Hot 100 en su primera semana, y colándose entre los primeros 10 en la segunda.
- El 29 de agosto salió finalmente al mercado el EP, homónimo del primer sencillo, que incluía un total de 6 canciones. El mini álbum logró posicionarse entre los cinco primeros de Billboard 200 en sus primeras semanas de venta.
- De septiembre a diciembre del 2005 los miembros de BadBoy se unieron como teloneros de la gira nacional de Terry Duchannan, con quien trabaron buena amistad.
- En enero del 2006 *Hero*, el track número cinco del EP, cobró una inesperada atención por parte del público, alcanzando el número uno en varias listas de popularidad y volviendo a posicionar el EP entre los primeros lugares de venta.^{[1][SEPT]}
- En abril del 2006 fue lanzada al mercado una versión extendida de *Midnight Talks*, edición de lujo, que cuenta con un total 13 canciones y dos bonus.^{[1][SEPT]}
- El 20 de noviembre del 2006 BadBoy liberó el álbum de estudio *Desires*, contando con once canciones inéditas incluyendo *In fifty years from now*, *Can you hear me?* y *The secrets I keep*, debutando en los primeros lugares de las listas de los Estados Unidos y Canadá.^{[1][SEPT]}
- El 1 de diciembre del 2006 arrancó en el Radio City Music Hall de Nueva York el denominado *Midnight desires tour*, que llegó a su fin el 3 de marzo del 2007 en la ciudad de Orlando, Florida.
- El 28 de noviembre del 2007 fue liberado *All or nothing*, el segundo álbum de estudio de la banda, que siguió los pasos en el éxito de sus antecesores.^{[1][SEPT]}
- El 04 de enero del 2008 arrancaron las presentaciones del primer tour mundial, denominado *All or nothing: the first world tour*, en el cual la banda realizó un total de 75 espectáculos en las distintas ciudades del mundo, teniendo en el acto de apertura a las novatas de Queen's Army, grupo femenino con el que comparten casa discográfica. La gira tuvo una duración de 11 meses y ocho días, culminando el 12 de diciembre en el Madison

Square Garden.^[1]_{SEP}

- El 08 de junio del 2009 la banda presentó su tercer álbum de estudio, titulado *Hide-and-Seek*.^[1]_{SEP}
- El 06 de noviembre del 2009, tras el éxito del A.O.N. Tour, BadBoy se embarcó en su segunda gira mundial: *Losing Control World Tour*. En esta ocasión, los actos de apertura estuvieron a cargo de la cantante pop canadiense *Talullah* durante los conciertos en América, la banda alemana *Falcon* en África y Europa y las integrantes surcoreanas del grupo musical *Cherry Pie* en Asia y Oceanía. Luego de 86 presentaciones a lo largo del mundo, el *tour* llegó a su fin exactamente un año después del inicio, el 6 de noviembre del 2010.^[1]_{SEP}
- El 12 de abril del 2011 salió al mercado *Set me free*, segundo EP de la banda.

prefacio

J A M E S

Nueva York

23 de noviembre del 2010

Estaba acostumbrado a que las personas que me importaban se marcharan de mi vida, pero tenía la esperanza de que ella no lo hiciera. Y, sin embargo, tal como hicieron los otros, Bonnie también se fue.

Ya había pasado poco más de un año desde su partida.

Algunas veces la odiaba por haberse ido, la mayoría de las otras me odiaba a mí mismo por no haberla detenido. Por no haber sido capaz de protegerla y mantenerla conmigo. Me quería, y yo a ella. Supongo que, en ciertas circunstancias, el querer no es suficiente.

Nuestra última conversación seguía revoloteando en mi cabeza, torturándome.

—La música es tu vida, James —me dijo con lágrimas en los ojos—. Amas lo que haces, no puedes abandonar tu sueño y a tus amigos... No por mí. La gira es el próximo mes. No renuncies para irte conmigo, tienes que pensar con claridad, por favor. No permitas que esas chicas egoístas que dicen admirarte te quiten más. Yo volveré a ti, prometo que lo haré, solo necesito... tiempo. Necesito aprender a lidiar con este temor. Si tú me das tu palabra de que no me seguirás, de que continuarás con tu vida aquí y esperarás por mí, sé que podré hacerlo... Volveré a ti, James, confía en mí sobre esto, por favor, te lo suplico.

Me dijo esas palabras exactas el día que se marchó, la última vez que la vi.

No fui capaz de negarme a su petición, no pude decirle que no lo haría. Y hacer una promesa como esa solo me había vuelto miserable porque, maldita sea, ¿cuánto más le tomaría regresar? Y si no lo iba a hacer, si ella en realidad no pensaba volver a mí, ¿por qué no había sido clara conmigo? ¿Por qué dejarme atrapado en un maldito ciclo inconcluso en el que me estaba matando lentamente?

Suspiré y enterré mis dedos en mi cabellera, frustrado.

—¿Vas a hacerte un maldito tatuaje?

Parpadeé en dirección a Logan, quien preguntó enarcando las cejas, mirándome como si ese hecho fuera una locura.

—¿Acaso no estoy autorizado para hacerlo? No será el primero que obtenga. Además, dijiste que este tipo, Larson, hace los mejores... Y él estará solo por corto tiempo en la ciudad, ¿verdad? —le recordé, señalando brevemente la fotografía de exhibición de Pearce Larson, el artista de tatuajes al que estábamos visitando.

—Sí, pero... ¿vas a tatuarte esto? —inquirió con el mismo tono de incredulidad, señalando la hoja donde estaba escrita la frase que planeaba grabar de forma permanente en mi piel—. ¿Y esto? —señaló ahora la última página del que se había convertido recientemente en mi libro favorito.

Le fruncí el ceño.

—¿Cuál es tu problema, Logan? Me pediste que te acompañara a hacerte un tatuaje, ¿por qué no puedo obtener uno yo?

—Carajo, no es eso, hombre. Simplemente... ¿sabes al menos qué mierda significa? —señaló de nuevo las dos letras escritas a mano, con tinta antigua, sobre la amarillenta página del libro.

Rodé los ojos.

—No importa. Lo que signifique para quien lo escribió no importa, lo hago por lo que significa para mí. Y, en todo caso, eres el menos indicado para cuestionarme sobre esto. Te recuerdo que un par de tus tatuajes los obtuviste en estado de ebriedad, sin tener ni puta idea de lo que hacías.

El rubio me enseñó las palmas y, con un gesto de resignación, asintió.

—Vale, lo capto. Pero tú no eres igual a mí, eres mejor. No haces las cosas al azar. Así que... ¿puedo al menos saber entonces qué significa esto para ti? —pidió, dándole dos palmaditas al libro.

Compartimos una mirada y le respondí.

—Esperanza.

Logan Price era mi mejor amigo de toda la vida, si hubiese sido otro el que preguntara, lo habría mandado a la mierda. Últimamente eso se me daba bastante bien... no es que estuviera orgulloso de ello. A veces no lo podía controlar.

Mordí el interior de mis mejillas y él bajó la mirada en silencio. No di más explicaciones, sabía que de algún modo Logan lo entendía.

Yo estaba perdido, podía verme a mí mismo en el fondo del pozo, anhelando salir a la superficie, cosa que a veces me parecía imposible de lograr. Y, sin embargo, en medio de la amargura, el dolor y la desesperación de estar atrapado, gracias a ese libro descubrí que una pequeña parte de mí tenía la esperanza de que este no sería el final. Una pequeña parte de mí, tal vez demasiado ingenua, todavía tenía esperanza de que las cosas iban a mejorar.

—Sabes, James —dijo Logan con repentina seriedad, lo cual no era común en él; su ceño estaba fruncido y sus ojos color esmeralda se hallaban todavía clavados en el piso—, sé que los últimos meses han sido una mierda. La última gira... no fue como las anteriores. Y eso es jodido. Los chicos... tú, yo... —arrugó la nariz— solíamos ser libres allí. Estar en el escenario los cinco, tocando nuestras canciones... mierda, nada se podía comparar. Pero esta vez fue todo sobre la tensión, hubo gritos, fallos, molestia... No éramos nosotros, no pusimos nuestro corazón en cada presentación y como el infierno que eso se notó. Los putos críticos no dejan que nadie lo olvide. —Hizo una pausa, tomando una lenta y profunda respiración antes de encontrar su mirada con la mía—. La cosa es, James, que la culpa de todo esto...

—Es mía, lo sé.

Como el infierno que lo sabía. Les había fallado.

—No, joder. No.

—Logan, por favor... —comencé a decir, pero él no me dejó continuar.

—¡No es sobre ti, carajo! —Su rostro enrojeció—. Es sobre lo que pasó con...

Entrecerré los ojos hacia él, el resto de la oración flotó en el aire.

—No te atrevas a mencionarla, Logan. No.

Él apretó los labios con impotencia y me dio una mirada dura.

—Han pasado meses, James, creo que es el jodido momento de hablar sobre ello. Porque te veo y... —negó con la cabeza— no parece que lo estés superando, sino todo lo contrario. Y eso es una puta mierda injusta. Mereces ser feliz.

—Tal vez no lo merezco, después de todo fui yo quien escogió esta vida. Yo elegí la música, los escenarios y todo lo que eso conlleva... —respondí entre dientes.

No me gustaba estar teniendo esta conversación.

No quería hablar sobre Bonnie. No con él, ni con nadie.

—Eso es basura. Ba-su-ra, ¿me oyes? Nadie merece ser infeliz por escoger hacer lo que ama. Mira, Bonnie no...

—Detente —gruñí, dándole una mirada de advertencia mientras mis dedos se clavaban en el reposabrazos del asiento—. Este es el momento exacto donde te detienes, Logan. No vamos a tener esta conversación, no eres tú quien decide cuando es el momento. Ella se fue, ambos sabemos la razón. Es mi culpa, por quien soy y por lo que no pude ser...

—No, James, no es...

—Corta el rollo, Logan —volví a interrumpirle, dándole una mirada amarga—. No quiero hablar de ella.

Él apretó los labios y negó con la cabeza, yo aparté la mirada.

Sabía lo que quería decirme... lo mismo que todos. Pero no quería hablar más de Bonnie. Ella se había ido porque el miedo pudo con ella, porque mis fans, que no aprobaban nuestra relación, la persiguieron y atosigaron sin cansancio hasta hacerla quebrar. Joder, incluso la amenazaron de muerte. Entendía perfectamente por qué ella se había ido... vivir conmigo no era vida, pero igual dolía. Dolía no haber sido suficiente para protegerla, para darle la confianza de quedarse a mi lado.

—Así que los rumores eran ciertos, el maldito Logan Price de verdad está aquí —dijo una tercera voz, abordándonos. Pronto descubrí que pertenecía al mismo hombre por el que esperábamos: Pearce Larson.

Pearce era delgado y alto, con el cabello castaño algo crecido, igual que la barba. Tenía múltiples *piercings* y lucía sus brazos llenos de tinta con orgullo.

Logan se puso de pie, riendo. Fue una risa un tanto forzada, pero bastante creíble. Este amigo suyo no pareció notarlo.

—Sé que me extrañabas, hijo de perra.

Pearce soltó una carcajada también y saludó a Logan con un abrazo. Entretanto, tomé mi libro de la mesita baja donde lo había dejado Logan y me puse en pie.

—Pearce, este es mi amigo James. Y, James, este es el legendario Pearce Larson del que te hablé.

Intercambié un breve apretón de manos con el aludido.

—James Wolf, seguro te conozco, hombre. Soy un gran fan de la música que hacen todos ustedes. Mi novia enloquecerá cuando sepa que estuvieron aquí el día que ella decidió quedarse en el spa del hotel. Mejor así, no querría que me dejara por alguno de ustedes —bromeó, riendo y dando unas palmadas en la espalda a Logan—. Entonces... ¿vienen los dos a poner su piel en mis manos el día de hoy? Tienen garantía de que estarán satisfechos con el resultado, me corto la polla si no es así.

—Esa es una apuesta arriesgada —comenté.

—Así de seguro estoy de mi trabajo, Wolf. Síganme, por aquí... —indicó, dirigiéndonos a la habitación contigua donde se hallaba su sala de trabajo—. ¿Ya saben lo que van a hacerse?

Le mostré lo que quería tatuarme y él asintió con aprobación.

—Profundo, me encanta. Puedo visualizarlo. ¿En qué área te gustaría?

Indiqué el lado izquierdo de mi pecho y Pearce asintió de nuevo.

—Quedará jodidamente fantástico, James, lo prometo. Confía en mí. —Miró entonces a Logan, quien contemplaba las fotografías de los antiguos trabajos de Pearce—. ¿Qué hay de ti, cabrón?

Logan sonrió de medio lado.

—Solo un nombre. Kaity.

—¿Es Kaity una señorita afortunada que logró atraparte?

—Kaity es mi hermanita de seis años.

—Oh, hombre...

—Te lo he dicho, bastardo, no pones en tu piel de forma permanente el nombre de chicas que de seguro no serán duraderas en tu vida. —Logan se encogió de hombros—. Solo mi madre y mis hermanas van a estar aquí —se tocó la espalda, por debajo del hombro, donde tenía ese tatuaje al que ahora añadiría el nombre de Kaity.

—No estoy juzgándote por ello, colega. Entonces... ¿quién va primero?

Logan fue primero. Horas más tarde, él tenía el nombre de su hermanita grabado en la espalda y yo tenía mi propio tatuaje en el pecho. Era un diseño sencillo, solo con tinta negra, pero increíble. Pearce había cumplido su palabra, estaba satisfecho con el resultado. Bien por él que no tendría que cortarse la polla.

Me giré cuando apuntó su cámara hacia mí para obtener una foto de su trabajo recién terminado y negué con la cabeza.

—Si no te importa, prefiero que no haya fotos.

—Vamos, hombre. ¿No puedo tener al menos una?

—Preferiría que no —repetí con seriedad.

Él levantó las manos, inconforme y resignado.

—Como deseas.

Pearce se deshizo de la cámara enseguida y terminó de colocarme el vendaje necesario para cubrir el tatuaje. En cuanto terminó, se alejó a hablar con Logan y un tipo que acababa de llegar. Me puse la camiseta y la chaqueta antes de tomar mi libro de donde él lo había dejado.

Contemplé la última página, allí donde estaba esa nota escrita por la —o el— fan que me envió el libro en mi pasado cumpleaños, aunque había llegado a mis manos tres meses tarde, apenas a principios de este mes. Era un mensaje sin firma, corto y, sin embargo, contundente, que se grabó a fuego en mi memoria desde la primera vez que lo leí.

Era un mensaje que, de algún modo, me brindó esperanza en un momento en el que la necesitaba para continuar. Fue un destello de claridad en medio de mi oscuridad; un recordatorio de que todavía había personas por las que valía la pena subir a los escenarios, sin importar cuántas me hicieran querer dejar todo esto atrás.

En este libro había encontrado esperanza y un fiel amigo al cual recurrir, y ahora llevaba una parte de él marcada en mi pecho.

Nada de esto borraba el cómo me sentía con respecto a lo ocurrido con Bonnie, pero al

menos me brindaba un poco de alivio. Un alivio que, durante los últimos meses, no había logrado encontrar en nada ni nadie más.

Y eso era un comienzo... o al menos es lo que quería creer.

Capítulo 1

JAMES

Madison Square Garden, Nueva York

16 de julio del 2011

Caminaba a toda prisa escoltado por tres hombres de seguridad y Lia Banfield, quien gruñía sobre cuán irresponsable era yo y cómo ella deseaba golpearme, pero no lo hacía porque no había jodido tiempo para eso. Traté de bloquear sus reclamos de mi cabeza mientras me deslizaba la camiseta de algodón gris que ella acababa de darme.

—Ten. —Me tendió la chaqueta negra de cuero con estoperoles—. Rápido. No hay tiempo para cambiar tus puñeteros pantalones, subirás así.

—Bien —gruñí de mala gana mientras me ponía la chaqueta.

—Los demás ya están en sus lugares. Date prisa —insistió, la idea de ahorcarla sonaba estupenda en mi mente—. Y después quiero saber dónde coño se metió tu estúpida nueva asistente que, se supone, debió hacerte llegar puntual. Cosa que es evidente no hizo.

—Noticias: ya no tengo una estúpida nueva asistente. —Le di una sonrisa torcida y el rostro de Lia se contorsionó en una mueca, ella estaba a punto de soltar un montón de mierda para mí—. Ap, ap, ap... —la detuve, levantando la mano y enfatizando hacia mi oído los gritos que se oían—. ¿Oyes eso? Son furiosas fanáticas esperando por BadBoy... esperando por mí.

Lia apretó los labios y me dio una mirada iracunda. Ella sabía perfectamente que mi declaración sobre no tener más una asistente traería problemas, porque tanto Michael Dunn —el representante de la banda — como Daniel Johnson —fundador y director de Beat Entertainment, la compañía que nos respaldaba— se habían propuesto fastidiarme al insistir en conseguirme un asistente personal. Lo que en realidad significaba que ellos querían que yo tuviera una niñera que me siguiera a todos lados y se asegurara de mantenerme alejado de los problemas.

Cuando averiguaran que había despedido a la última chica que contrataron me darían un sermón que, siendo honesto, no tenía ganas de oír. Estaba cansado de esa mierda.

—Solo lleva tu culo a su lugar ya mismo, Wolf —gruñó—. Alguien por favor pásele la guitarra, no podemos seguir perdiendo el tiempo.

Un chico del *staff* me entregó a las prisas un puñado de púas y mi guitarra, murmurando que se había encargado de afinarla. Me guardé las púas en el bolsillo, conservando solo una

entre mis dedos, y caminé hasta la plataforma que me correspondía. La voz en mi oído habló a través del apuntador. El técnico preguntó si todos estábamos listos para hacerlo. Sabía de antemano el procedimiento de esto, así que me limité a levantar un pulgar para la cámara que estaba grabándome y enviando todos mis movimientos a una transmisión en vivo para la gente del *staff*, quienes supervisaban que todo fuese perfecto.

La voz que salía del apuntador comenzó la cuenta regresiva.

Tres...

Dos...

Uno...

La plataforma en la que estaba parado comenzó a ascender a un ritmo constante, la estructura bajo el escenario desapareció de mi vista poco a poco y fue reemplazada por humo, una lluvia de chispas artificiales y ruido, mucho ruido. La marea de fans comenzó a gritar con más fuerza cuando aparecimos en escena, coreando el nombre de la banda.

Carter en el teclado, Blake en la batería, Eric a cargo del bajo y Logan y yo con las guitarras. Los cinco éramos BadBoy.

—¿Qué hay, Manhattan?! —gritó Eric, sonriendo, absorbiendo la energía que manaba del público—. ¿Están listos para enloquecer esta noche?!

Ellos respondieron con un rugido potente, feroz, hambriento del espectáculo que habían pagado por ver. Eric sonrió, satisfecho, y los señaló mientras decía:

—Ahora, eso es de lo que estaba hablando, *Troublemakers*¹. ¡Dejemos que comience la diversión!

Y esa fue nuestra señal.

Me concentré en la música, en mi guitarra, y traté de olvidar mis tormentos. Cerré los ojos al inicio de la primera canción, sintiendo la melodía vibrar en mis venas y colarse en mi pecho. Con la guitarra entre mis manos la música cobraba vida, y la vida volvía a tener sentido.

Solo en ese momento en el que me encontraba en el escenario podía olvidar todo lo que estaba mal y entregar lo bueno que quedaba de mí. No era mucho, de todos modos, pero ayudaba a liberar un poco de mi alma.

Dos canciones después de iniciar, la primera estrofa de *Party animal* fue suficiente para que los gritos se volvieran más intensos, si es que eso era posible, y el primer sostén cayó en el escenario. A pesar de mí, el *show* estaba yendo fantástico. Mejor que muchos de la gira del año pasado, al menos.

Cuando fue el turno de cantar *Set me free* me embargó la misma sensación de ahogo que sentí mientras la escribía el invierno pasado y el dolor cantó por mí.

Esto es real... Ohhh... tan malditamente real.

Libérame, por favor, libérame.

¿No lo harás?

Puedo oler mi propio miedo, revivir el dolor.

¹ Troublemakers: nombre con el que se conoce a los fans de BadBoy.

Y aquí estoy...
Viviendo dentro de una pesadilla, preguntándome cómo pasó.
Grito en voz alta mientras las lágrimas caen.
¿Alguna vez sentiste esta desesperación?
Nadie te escucha...
Nadie se acerca...
Ohhh, ohhh, no, nadie lo hace.
Libérame, por favor libérame...
Manos frías y vacías es todo lo que queda.
Incluso mi reflejo se ha marchado...
Estoy atrapado sin salida.
Correr duro nunca es suficiente.
Sí, estoy atrapado...
Y estoy rogando, rogando, rogándote...
Libérame, por favor, libérame.
Ohhh, ohhh...
[...]

Pero no importaba cuánto lo pedía, las cadenas que me ataban no se iban.

S S S

—¡Así se hace, hijos de puta! —gritó Logan, eufórico, caminando de espaldas para chocar los puños con todos los miembros de la banda, uno por uno, mientras íbamos a los camerinos—. ¡Al estilo BadBoy, cabrones!

—Cierra la boca, Price —lo silenció Lia, quien venía con Mike—. Felicidades, chicos. Lo hicieron bien.

—¿Bien? —replicó Logan—. Lo hicimos putamente fantástico. Tú, Lia Banfield, no nos des un jodido «bien» solamente.

Lia rio mientras rodaba los ojos y le respondía a Logan. Ellos comenzaron a discutir sobre lo que sea que ella replicara y Carter intervino, poniéndose del lado de Lia. Esos dos eran algo parecido a mejores amigos desde el año pasado, pero que me jodieran si Carter no sentía algo más por la pelinegra. Tal vez no desde el inicio, pero últimamente me daba la sensación de que algo había cambiado en su forma de verla. Por supuesto, él diría que no si se lo preguntaba. Siempre decía que no. Tal vez porque era verdad que solo la veía como una amiga... o quizás porque todavía no se sentía listo para un nuevo romance después de terminar con Bethany, la que fue su novia por alrededor de cinco años.

—¡James! —me llamó Mike, al parecer no por primera vez.

—¿Hum?

—Andando, tenemos que hablar.

Bufé y lo seguí de mala gana, no valía la pena alegar.

El sermón que se aproximaba era sin duda gracias al fracaso de mi última asistente. Pero, si bien yo me negaba a tener una, el hecho de que ellas no duraran más que un par de días conmigo se debía a su ineficiencia a la hora de contratarlas. Daba la impresión de que el

requisito primordial para darles el empleo era que ellas fueran fanáticas empedernidas con una vasta imaginación para inventar historias de amor entre nosotros y querer llevarlas a la realidad.

Mike me hizo seguirle hasta uno de los camerinos vacíos. Me miró, ceñudo, cruzando los brazos.

—Lia mencionó lo que le dijiste antes de subir al escenario, James.

Por supuesto que ella lo había hecho, no esperaba menos.

—Sí, le dije que había enfurecidas fanáticas esperándome para salir.

—¡Estoy hablando de la jodida asistenta! —rugió, y su rostro fue enrojeciendo rápidamente. Era fácil conseguir que él enrojeciera porque su piel era demasiado blanca, aunque no tan pálida como la mía—. ¿Por qué ella no está aquí? —prosiguió, intentando calmarse.

Me encogí de hombros, aparentando estar despreocupado.

—Ella no es más mi asistenta —expliqué con deliberada serenidad—. Acordamos que no es profesional trabajar con la gente que follas... —Volví a encogerme de hombros—. Se ha ido, Mike. Tú y Daniel tienen que aceptar que tener una asistenta es algo que no va a pasar.

Mike enrojeció otro poco y comenzó a vociferar y a maldecir furioso.

S S S

Nueve días más tarde tenía una nueva niñera de la cual deshacerme. En esta ocasión, sin embargo, no se trataba de una chica que pestañeaba hacia mí y abría los botones de su blusa para dejarme ver sus pechos con el fin de llamar mi atención, no, era el turno de un chico. Uno que llevaba gafas hípster y nos miraba a todos con desprecio, como si nadie estuviera a su nivel.

Por los comentarios que soltaba entre dientes cada tanto, yo estaba seguro de que él sentía que desperdiciaba su precioso cerebro en un trabajo de mierda como ir detrás de mí recordándome mis compromisos. Bueno, la puerta estaba muy grande para que se largara a cualquier sitio donde pudiera explotar todo su potencial. A mí tampoco me apetecía que me siguiera como un perrito faldero, y menos aun cuando él no era capaz de controlar la mierda que salía de su boca.

Y precisamente por esa razón, porque no pudo morderse la puta lengua y dejar de decir mierda sobre cómo los chicos y yo no éramos más que idiotas haciendo dinero fácil por tener caras bonitas, terminé estrellando mi puño en su cara.

—¡Coño, James! —Logan apretó mi hombro y le dio una mirada al tipo que salía de la sala de ensayos despotricando y amenazando con demandarme—. ¿Qué demonios pasa? ¿Por qué le has pegado al señorito «me metieron un palo en el culo»? Digo, él jode a morir, pero... ¿romperle la nariz?

Me solté de su agarre con un bufido.

—Les dije que no quiero niñeras.

—James...

—Nos vemos luego, Logan.

Tomé mi celular y mis llaves, y me fui a casa antes de que Michael tuviera la oportunidad de joderme por culpa del estirado y su nariz posiblemente rota.

Ya afrontaría las consecuencias más tarde.

Capítulo 2

J A M E S

Sentí el vacío en mi pecho otra vez.

Casi nunca se iba, en realidad. Siempre allí, recordándome la pérdida, recordándome la impotencia y mi incapacidad de mantener conmigo a los que amaba.

Miré por encima del hombro a la chica que estaba profundamente dormida en la cama y el remordimiento me golpeó con fuerza. Mi cabeza dolía como el infierno y estaba seguro de que la jaqueca se quedaría por el resto del día. Sarah era la cuarta asistente en fracasar (la primera después del estirado con el que Mike tuvo que lidiar por más de dos semanas para convencerlo de que no me demandara y se fuera feliz con una jugosa cantidad de dinero en los bolsillos), y también la que duró menos que cualquiera. A Sarah le tomó solo dos días de insinuaciones, de enseñarme sus faldas cortas y blusas escotadas antes de traerme a su apartamento. Ambos sabíamos sus intenciones, le advertí que cruzar la línea de lo profesional equivaldría a no poder seguir trabajando juntos... eran mis reglas y ella las aceptó. Gracioso que estuviera así de dispuesta, tomando en cuenta que Mike me juró que ella no era otra fanática aspirante a *groupie* cuando la contrató. Él prometió que Sarah solo era una chica tomando un empleo que necesitaba para vivir. Por supuesto que sí.

Me puse las botas y alcancé silenciosamente el buró ubicado junto a su cama, rebusqué en su cajón hasta hallar papel y un lapicero. Rápidamente garabateé una nota para que ella encontrara al despertar.

Gracias por lo de anoche, Sarah, la pasé bien contigo.

Eres una chica increíble, pero no creo que deba repetirse.

Por favor, quedémonos solo con los buenos recuerdos,

James W

Di una mirada más a mi alrededor, frustrado. No lo podía evitar, una parte de mí sentía que estaba traicionando la promesa que le había hecho a Bonnie de esperarla. ¿Era estúpido? Probablemente. Ya habían pasado casi dos años desde su partida y yo seguía atrapado en este círculo vicioso e interminable. Por momentos, cuando estaba demasiado agobiado y cansado de todo, me repetía a mí mismo que tenía que seguir adelante con mi vida y olvidarla, pero tal vez era la culpa la que no me dejaba continuar. ¿Cómo cambiar de página cuando la que estás leyendo es inconclusa? Nunca hubo un cierre para nosotros, ella solo se fue dejándome con promesas y la culpa carcomiéndome. Culpa... por no haber sido suficiente para protegerla, para mantenerla a mi lado.

Suspiré, pellizcando el puente de mi nariz, y decidí marcharme de una vez por todas.

La humedad y el calor estival me recibieron al salir del edificio de tres pisos donde se quedó durmiendo la que hasta ayer fuera mi asistenta. Subí al auto sin perder el tiempo y conduje hasta mi casa: un apartamento en una zona tranquila al que me había mudado el año pasado. Cuando llegué, tomé una ducha tibia que no me hizo sentir mejor, como esperaba que hiciera. Ni siquiera la comida que Marie preparó para mí me reanimó un poco. Es solo que este era uno de esos días en los que me sentía emocionalmente demolido, y sabía muy bien qué era lo único que podía hacer cuando me sentía así: refugiarme en las páginas de un libro.

—No has comido nada —observó Marie cuando me encontró poniendo el plato en el fregadero.

Traté de sonreírle un poco. Ella era una de las pocas personas por la que yo haría un esfuerzo por sonreír últimamente. ¿Cómo no lo sería? Ella siempre estaba allí para mí, incluso más que mi propia madre.

—Casi no tenía hambre —me excusé—. Iré a leer un rato, Marie.

Ella esbozó una mueca y pasó una mano por su cabello entrecano, que se encontraba recogido en un moño alto. Estaba preocupada por mí, la expresión en su cara era inocultable. Mierda, odiaba preocuparla. Marie era como una madre para mí, yo solo quería que ella fuera feliz. A menudo la alejaba de mí por esa misma razón, porque sabía que ver de cerca lo que estaba haciendo con mi vida no hacía más que agobiarla.

Me incliné hacia ella y besé su frente antes de decirle que se tomara el día libre. La oí suspirar mientras yo entraba a mi habitación. Aunque no estaba de acuerdo, no iba a discutir conmigo. Me daría mi espacio... siempre lo hacía.

El antiguo libro verde de pasta dura con el título *Historia de dos ciudades* escrito en color dorado sobre su lomo estaba en mi buró. Lo había terminado de leer por enésima vez unas noches atrás, pero siempre lo mantenía allí, al alcance de mi mano. Lo agarré mientras me acomodaba contra la cabecera acolchada de la cama, listo para sumergirme en sus páginas una vez más.

Solo el hecho de sentir entre mis dedos la textura de la cubierta instaló en mí una inexplicable sensación de tranquilidad. El libro tenía las hojas amarillentas ya, estaban así desde que había llegado a mis manos el año pasado. Me gustaba creer que eso significaba que había sido adecuadamente leído, disfrutado y apreciado antes de mí.

Abrí el capítulo uno del *Libro primero* enseguida, encontrándome con las ya familiares palabras.

Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, la edad de la sabiduría, y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación. Todo lo poseíamos, pero no teníamos nada; caminábamos en derechura al cielo y nos extraviábamos por el camino opuesto.

—Todo lo poseíamos, pero no teníamos nada... —repetí en voz alta para mí mismo.

Todo... pero nada.

¿Por qué esa frase siempre se sentía como mi propia historia?

Todo y nada. Eso era lo que yo tenía.

S S S

Cinco capítulos más tarde, mi celular sonó. No tenía ganas de hablar con nadie, pero el que llamaba era insistente. Terminé por devolver el libro a la mesita de noche con un bufido y atendí la llamada de una vez por todas.

—¿Qué pasa?

—¿Dónde estás?

Era Daniel Johnson. Mi momento de paz traído por el libro había terminado. Dan y yo solíamos tener una relación cercana —casi de familia — desde que nos conocimos años atrás, pero nos habíamos distanciado y ahora las cosas no estaban bien entre nosotros. El problema con el asistente estirado al que golpeé la última vez lo hizo cabrear a tal punto que a duras penas me había dirigido la palabra después de eso.

—Estoy en casa.

—Te necesito en la empresa. Y lamento decirlo de esta manera, pero esta no es una invitación que puedas rechazar. Estamos esperándote.

Me mordí el interior de las mejillas. Yo había provocado que las cosas se pusieran así entre nosotros y ahora él se había cansado de mí, ahora de verdad sonaba enojado.

—Bien —gruñí.

Daniel ladró que me apresurara y yo corté la llamada sin despedirme, apretando con fuerza el celular en la mano. Resistirme o alegar solo empeoraría las cosas.

Me cambié de ropas y tomé las llaves del Bentley para irme. Tenía el mal presentimiento de que esa urgencia suya por verme tenía relación con mi más reciente exasistente.

S S S

Todo ocurrió tan rápido que no pude preverlo.

El semáforo parpadeó, cambiando del rojo al verde. Hundí el pie en el acelerador y esquivé rápidamente a la mayoría de los autos que estaban delante de mí. No era algo que no hubiese hecho con anterioridad, sin embargo, no contaba con que una persona aparecería en mi camino en esta ocasión.

¿Qué mierda hacía esa chica allí?

La vi a una distancia considerable, pero no reduje la velocidad. Fruncí el ceño. Ella se tenía que mover. Tenía que hacerlo, ¿verdad? No podía tomarle toda la vida cruzar el tramo que le faltaba, solo eran unos pasos para ponerse a salvo, en la acera.

Continué avanzando directo hacia ella. No quedaba mucha distancia entre nosotros y ella...

¡Joder! Ella no reaccionaba. Estaba inmóvil, como si eligiera morir. Entonces giró la cabeza y vio el auto, los ojos se le desorbitaron.

Mierda, no.

Me tomó un microsegundo aceptar que en realidad no le iba a dar tiempo de quitarse del medio y todo se pondría muy feo, porque no estaba seguro de que pudiese frenar a tiempo y definitivamente no podía librarla, no contaba con el espacio suficiente para hacerlo sin provocar un accidente todavía más grave.

Menos de tres metros nos separaban...

Cambié el pie del acelerador al freno con un movimiento brusco que hizo que todo mi cuerpo se volcara hacia delante, aplastándome las costillas contra el volante.

No iba a lograrlo, sabía que no había sido lo suficientemente rápido. Los neumáticos chirriaban contra el asfalto y yo tenía los ojos cerrados con fuerza. No quería ver lo que estaba a punto de pasar.

Mientras el auto se detenía derrapando, esperé el momento en el que el cuerpo de la chica impactara contra el capó, pero eso no ocurrió. Abrí los ojos, la chica no estaba.

¿Qué diantres acababa de pasar? Me di cuenta de que tenía las manos agarrotadas en el volante, así que me obligué a soltarlo.

Me apeé del auto de inmediato, los carros que iban detrás comenzaron a hacer sonar sus bocinas, molestos, pero no me importó. Estuve durante al menos un minuto sosteniéndome de la puerta, incapaz de moverme, porque la chica sí estaba allí, tendida en el asfalto. No sabía en qué momento, pero después de todo sí que la había atropellado.

Mierda. No se suponía que pasara eso. Debí... debí... ¡Mierda! Ella tenía que estar bien. Ella no podía estar... ¡Oh, joder! ¿Qué carajo había hecho?

Un hombre mayor que caminaba por la acera se acercó y miró hacia la chica. Yo esperaba verle una reacción de horror, pero en cambio él se limitó a negar con la cabeza y me miró.

—Ella está bien —dijo, y señaló la valla publicitaria donde aparecía mi cara y la de los chicos—. ¿Cómo ha podido distraerse con eso tan fácilmente? Le grité que se quitara del medio, pero ella seguía embobada, ¡qué chica!

No dije nada.

Temí por un momento que el hombre me reconociera, pero no lo hizo. Qué idiota. Acababa de señalar una valla publicitaria de más de seis metros donde estaba mi cara y no me reconocía. Pero estaba bien para mí, era mucho mejor. El temblor fue disipándose un poco de mi cuerpo con la declaración de que la chica estaba a salvo. Si el asunto no era tan grave, entonces todavía podía lidiar con ello.

—¿Debería llamar a la ambulancia de todos modos? —se ofreció el hombre.

—No, gracias —me apresuré a responder—. Yo me haré cargo. Usted debe tener mejores cosas que hacer.

Él se encogió de hombros y volvió a la acera, volteando a ver hacia aquí de vez en cuando mientras se alejaba.

Cuando un largo pitido sonó de nuevo, y miré a la gente que comenzaba a impacientarse porque mi auto obstruía el paso, decidí que era hora de acabar con ello. Me acerqué a la chica y la observé por un segundo. Ella ya no estaba tendida en el pavimento, se había sentado y estaba sujetándose la cabeza con ambas manos. Totalmente ilesa. No podía

negar que comprobar eso me hizo respirar con alivio, pero el alivio rápidamente se transformó en enfado. ¿Ella había causado todo esto por estar mirando esa puta publicidad? Tenía que ser una maldita broma.

De pronto lo único que sentí fueron ganas de gritarle, así que le grité, porque no estaba de humor para ser amable con ella. No después del accidente que casi había provocado.

Ella me miró y yo fruncí el ceño. No me gustaba esa mirada que me había dado ni de casualidad. Estaba comprobando que en verdad ella resultaría una fanática con la cual no quería lidiar.

—Oye, levántate de ahí —dije de nuevo, pero no me hizo caso—. ¡Vamos, date prisa y muévete de una maldita vez!

Nada.

—¡Quítate del medio, joder! —volví a gritarle, exasperado porque la gente no dejaba hacer sonar las bocinas de sus autos.

—¿Qué... pasó? —balbuceó al fin.

—¡¿Es en serio?! —gruñí, harto de la lentitud de sus reacciones—. Por milésima vez... ¡quítate de ahí! Estás deteniendo todo el puto tráfico. ¡Muévete, vamos!

La vi ponerse de pie dando tumbos, caminó y se paró junto a mí. Las bocinas de los otros carros seguían sonando. Miré a la chica y me debatí entre hablar con ella o mover el Bentley primero. Lo segundo era prioritario, si escuchaba un bocinazo más la cabeza me iba a estallar.

—Espera aquí —le indiqué.

Fui a parquear el auto unos metros por delante de donde nos encontrábamos, fuera del tráfico, y bajé otra vez. Me apoyé contra la puerta y di un largo suspiro mientras me colocaba los lentes de sol. No necesitaba que la gente me reconociera. Si ella era una fan, y por lo que dijo el hombre yo intuía que lo era, entonces seguramente ya me había identificado.

Me estaba mirando cuando volteé a verla, así que le hice una seña para que se acercara.

De cerca noté que era más baja que yo, que tenía el rostro anguloso, bonitos ojos olivados y una mata de cabello castaño y ondulado le caía por debajo de los hombros. Además de eso, nada destacable. Solo que vestía una cazadora verde militar que le quedaba enorme y que se veía medio sosa al sonreír. Su sonrisa decía «me agradas», y por eso me desagradó al instante.

—¿Eres idiota?

—¿Disculpa? —replicó, enarcando las cejas.

—Estabas parada en medio de la calle... ¡Casi te atropello! ¡¿Qué carajos está mal contigo?!

La vi abrir la boca y quedarse así unos largos segundos antes de poder decir algo.

—¿Lo... siento? —murmuró con aire de confusión, parpadeando.

—Un «lo siento» no habría bastado para que siguieras respirando si yo no hubiese frenado a tiempo —mascullé, masajeando mis sienes, el malestar estaba empeorando—. No lo habrás hecho a propósito, ¿o sí?

Entrecerré los ojos con sospecha, cruzándome de brazos. Ella no sería la primera en poner en riesgo su propia vida al hacer una tontería como esa solo para tener un encuentro de

cerca conmigo o alguno de los chicos. Era algo desquiciado, pero vaya que ocurría. Algunas personas realmente necesitaban límites.

—¿A propósito? —repitió, enarcando las cejas.

Puse los ojos en blanco y suspiré.

—¿Sabes qué? Da igual, simplemente no vuelvas a meterte en mi camino, porque no siempre correrás con la misma suerte de hoy. —Esboqué una mueca—. Como sea, ya estamos aquí. Terminémoslo y sigamos adelante. ¿Un autógrafo es suficiente para que te vayas feliz?

Más valía que eso fuera un sí.

—¿Pero qué dices? —replicó, y sonaba decepcionada. Incluso parecía estar a punto de llorar. Joder, lo último que quería en este instante era soportar el llanto de alguien.

Solté un suspiro y mordí el interior de mis mejillas, apelando a la poca paciencia que me quedaba.

—De acuerdo. Un autógrafo y dinero para que vayas a que te revise un médico... o para que lo gastes en lo que se te venga en gana. ¿Te parece eso bien?

Para mi desconcierto, ella me respondió con una mirada indignada. Puta madre, ¿qué quería de mí, entonces? Ya estaba haciendo por ella mucho más de lo que se merecía después del problemón en el que casi nos mete su estupidez.

Si creía que podía conseguir más, se equivocaba.

Saqué de la guantera del Bentley una hoja y un lapicero, le firmé un autógrafo sin dedicatoria, puesto que no sabía su nombre, y saqué de mi billetera la cantidad justa con la que podría pagarse sin problema una visita a la mejor clínica de la ciudad. Forzando una sonrisa, le tendí tanto el dinero como el autógrafo. Ella solo debía tomarlos e irse.

—No quiero tu autógrafo —siseó con la mandíbula muy tensa—. ¿Para qué quiero eso de alguien como tú?

Ah, ¿no era una fan? Vaya, entonces solo era una chica lo suficientemente idiota e imprudente como para quedarse en medio de la calle, corriendo el riesgo de salir herida. Como sea, no aumentaría la oferta.

—Si no quieres conservar el autógrafo lo puedes tirar a la basura o subastarlo en Internet, seguro te darán una buena cantidad por él.

Insistí en que tomara las cosas y ella me lanzó una mirada mitad dolida, mitad ofendida. Luego se cruzó de brazos y miró hacia otro lado, como si no soportara verme. ¿Qué mierda significaba eso?

—Carajo, ¡tómalo ya, que tengo prisa!

Tiré de su enorme cazadora y le metí el dinero y el autógrafo en uno de los bolsillos mientras ella forcejeaba. El asunto estaba zanjado por mi parte, que ella hiciera lo que le viniera en gana con lo que le había dado.

Hice oídos sordos a lo que gritaba a mis espaldas y volví a mi auto. Cuando el motor del Bentley rugió y me alejé, creí que la historia de nuestro lamentable encuentro había acabado para siempre. No tenía intenciones de volver a ver a esa chica, por desgracia ella no pensaba lo mismo que yo.

Capítulo 3

JAMES

Llegué al edificio de Beat Entertainment un cuarto de hora más tarde. Entré sin detenerme y me topé con Daniel y Mike en la recepción. Teddy, detrás del mostrador, asintió hacia mí a modo de saludo.

Por la expresión de irritación que dominaba las facciones tanto del director ejecutivo de Beat como del mánager de BadBoy, seguro que no me esperaba una charla agradable.

—Llegas tarde otra vez —señaló Daniel con molestia—. ¿Y dónde se ha metido ella, que ni siquiera atiende el teléfono?

Tras esa última pregunta supe que Sarah, la dueña del apartamento del que salí esta mañana, no había venido a armar un escándalo todavía. Confiaría en que ella respetaría nuestro trato y tampoco lo haría más tarde.

—¿Ella quién? —le respondí a Daniel, haciéndome el desentendido.

Él se iba a cabrear.

—¡Pues ella! ¿Cómo que *quién*? ¡Hablo de Sarah, tu asistenta! Necesitamos firmar su contrato hoy mismo.

—Ah, esa ella. Olvídalo, ya no está trabajando conmigo.

Daniel y Mike soltaron un gutural «¡¿Qué?!» al mismo tiempo. Ya podía prever la tormenta que se aproximaba, lo que no ayudaría en nada a mi dolor de cabeza. Sin embargo, fingí mantener la calma.

—¿Quieres decirnos en este instante por qué mierda ella ha dejado el trabajo? —gruñó Daniel—. ¿Ahora cuál es la maldita excusa?

—Sí, bueno, pues ocultar información importante para conseguir el empleo me parece una maldita buena razón para que se haya ido. No sé, quizás los remordimientos no la dejaron continuar —apunté, encogiéndome de hombros—. ¿No dijiste, Michael, que tú mismo verificaste que ella no era otra fanática intentando colarse como mi asistenta?

El aludido frunció el ceño y se pasó una mano por la barbilla cubierta de una corta barba, asintiendo.

—Pues sí... sí. Ella dijo que no lo era.

—Interesante, porque si te fijas en esta foto que tomé ayer, yo diría que te ha mentado —indicé mientras sacaba mi teléfono y buscaba la foto que había tomado de la credencial que identificaba a Sarah como miembro activa de un club de fans de BadBoy desde el 2009. Ella misma me la había mostrado luego de que compartiéramos los primeros tragos en su apartamento.

Daniel tomó mi celular y, tras comprobar que yo no estaba mintiendo, se lo pasó a Mike. Este último estudió con detalle la imagen, el desencanto se apoderó de su expresión con rapidez. Me devolvió el teléfono y, consciente de que ambos me miraban, me encogí de hombros.

—Esta situación me tiene cansando, James —dijo Daniel, llevándose las manos a la cara un instante—. Tres chicas y un chico. Cuatro personas en total con las que no has podido trabajar por más de una semana. En serio, dímelo, ¿cuál es el problema?

—Sin contar su ineficiencia a la hora de conseguir al personal para el trabajo, está el hecho de que simplemente no quiero tener un asistente —le recordé—. No necesito a alguien vigilándome. Te lo dije desde un principio.

Mike bajó la mirada y Daniel me miró de la forma en la que se mira a las causas perdidas. Con algo de decepción, algo de añoranza y un indicio de resignación.

—Yo te lo dije a ti, James. No lo estaría haciendo si tú no me obligaras a ello. Tu comportamiento últimamente ha sido cuestionable. ¿Desde cuándo te convertiste en el que

se mete en problemas y me da dolores de cabeza? —Negó con la cabeza—. Yo sé bien que no haces la música por el dinero, no lo necesitas, lo sé. Pero incluso aunque es algo que haces porque te apasiona, debes saber que también es un trabajo. Lo es porque implica comprometerse. Y déjame decirte que tú no lo estás haciendo ahora mismo, no lo haces desde hace un tiempo.

Mi mandíbula se tensó. Daniel soltó un suspiro, apartó la mirada y se masajeó la sien. Mike, a su lado, estaba muy serio.

—¿Recuerdas qué fue lo que me dijiste cuando nos conocimos, muchacho? —Entrecerré los ojos, con el recuerdo parpadeando en mi memoria—. Me dijiste que querías ser un músico y yo te respondí que para ser uno hacía falta más que solo saber tocar un instrumento o cantar. Te dije que lo aprenderías con el tiempo. Y hasta hace un tiempo creía que lo entendías, pero... —Chasqueó la lengua, decepcionado—. Faltas a los ensayos, llegas tarde a las presentaciones, estás cabreado todo el tiempo... ¿Qué puedo hacer, James? Dímelo. Cuando rompiste con tu chica y ella se fue, sabía que estabas pasándola mal y comprendí tu comportamiento. Te di el espacio que querías, pensé que eventualmente lo superarías y volverías a ser el de antes, pero no ha pasado. Sigues en el mismo punto o en uno peor, y ni siquiera quieres hablar de ello. Solo sigues empujándonos lejos cuando intentamos acercarnos a ti. —Pasó una mano por su cabello oscuro y negó con la cabeza—. No sé si lo recuerdas, pero no somos tus enemigos, James. Queremos ayudarte.

—No les pedí que hicieran nada por mí —murmuré sin verlo a la cara.

—Sí, algunos imbéciles son incapaces de pedir ayuda cuando más la necesitan. —Apreté los dientes, él suspiró—. Mira, no me interesa si no quieres o si crees que no necesitas un ayudante. El asunto es que no puedes seguir llegando tarde, o no llegando, a tus compromisos. Porque esto no se trata solo de ti, lo que tú haces tiene repercusiones para la banda.

Nos miramos a los ojos durante un largo momento, había determinación en su mirada. Inhalé profusamente y asentí. Él no era el único cansado de la situación. Yo también quería que las cosas mejoraran, quería recuperar el control de mi vida y dejar de ser un barco a la deriva. No sabía si podía, sin embargo.

—Haré las cosas bien de ahora en adelante, Daniel. Me esforzaré. Pero, por favor, realmente no necesito una niñera. No quiero a un extraño inmiscuyéndose en mi vida, en mi privacidad. Te prometo que si...

—No, no, no. —Daniel levantó una mano y negó con la cabeza—. No espero que lo entiendas, James, y me duele tener que decirte esto, pero ahora mismo no puedo confiar en tu palabra. Si vas a hacer las cosas bien, entonces lo harás a mi modo.

Mordí el interior de mis mejillas con fuerza. La gente dice que hay palabras que duelen más que los golpes... Supongo que no se trata solo de las palabras, es más sobre la persona que te las dice. Yo me había ganado este trato, pero saberlo no hacía que doliera menos.

Alejé a las personas que se preocupaban por mí, las empujé tan lejos como pude porque no sabía cómo lidiar con el dolor, con la impotencia, y luego solo... se volvió una costumbre. Y ahora no sabía cómo cambiar eso. Daniel abrió la boca para decir algo más, pero fue interrumpido antes de siquiera comenzar.

—¡Ahí estás, idiota! —el grito retumbó por todo el lugar.

Mis ojos se movieron instintivamente en dirección a la procedencia del grito, entonces mi

ceño se frunció cuando reconocí a la chica. La misma con la que había tenido un muy desafortunado encuentro menos de media hora antes. ¿Qué estaba haciendo ella aquí? Por la forma en que se veía, avanzando a grandes zancadas hacia mí, parecía que venía muy dispuesta a arrancarme la cabeza.

La morena era un torbellino de furia y su único objetivo era yo.

—¿Y tú qué haces aquí? —Mi ceño se profundizó cuando la tuve a una corta distancia—. ¿Qué es lo que quieres? Porque si es más dinero...

Me liquidó con la mirada.

—¿Cuándo dije que quería tu sucio dinero?! —escupió, furiosa.

Hice una mueca y me fijé en sus ojos, que parecían lanzar cuchillas directo a mi frente. Suspiré. Este no era el mejor momento para ponerme a discutir con ella. No frente a Daniel y Michael, no cuando mi cabeza se sentía como si fuera a estallar.

—Pues entonces no veo la razón de que estés aquí —repuse con frialdad al tiempo que llamaba, con una seña, a los guardias de seguridad. Nos arribaron apenas un minuto después de que yo pronunciara la última palabra. Enseguida señalé con la mirada a la cabreada chica.

—Acompañen a la señorita a la salida —pedí.

Ella gruñó, a la defensiva, cuando los hombres de seguridad le sujetaron de un brazo cada uno, inmovilizándola. Se removió enérgicamente, tratando de zafarse del agarre mientras siseaba amenazas.

—¡Suéltenme! ¡Tú, pedazo de bruto —me miró—, diles que me suelten! ¡Que lo hagan ahora mismo!

Fruncí el ceño, esbozando una mueca.

—Te soltarán en la salida —dije—. Tú nada tienes que hacer aquí. Pensé que te había quedado claro el motivo por el que te di una compensación antes: para no tener que verte de nuevo.

—¿Es que no te funciona la materia gris?! —Estaba que echaba chispas—. ¡Ya te lo dije, cabeza de chorlito, no quiero tu sucio dinero! ¡No lo quiero!

¿«Cabeza de chorlito»? ¿De qué programa infantil la habían sacado?

Entre más se removía, los guardias la retenían con más fuerza. Qué puto caos. Era consciente de que Daniel y Mike estaban presentes, observando y oyéndolo todo. La fierecilla salvaje no pudo elegir un peor momento para armar un espectáculo como este.

Daniel avanzó un paso hacia delante y yo me llevé una mano a la frente, masajeando mis sienes con los extremos de mis dedos medio y pulgar. Ahora, así era como empeorarían las cosas.

—Suficiente —indicó Daniel—. Basta, muchachos, no pueden tratar así a esta señorita. No pueden tratar así a ninguna persona, ya puestos. Suéltenla ahora mismo.

Mierda.

Los guardias obedecieron a Daniel y la liberaron. Ella llevó su mano derecha a su brazo contrario con una mueca de dolor, misma que desapareció tan pronto como me miró a la cara y levantó la barbilla con aire retador. Si le dolía algo, no quería que yo lo supiera.

—Vamos a relajarnos por aquí —dijo Daniel, interponiéndose entre nosotros—. ¿Por qué

tanta hostilidad? ¿Qué es lo que pasa entre ustedes dos?

—No pasa nada —espeté—. Tú —la señalé—, vamos. Terminemos esto en privado.

—No, yo no voy a ir a ningún sitio contigo —objetó ella—. No necesito terminar esto en privado, terminaré aquí y ahora. Solo vine a decirte que no quiero tu estúpido y sucio dinero, así que tómallo de regreso. —Sacó los billetes y los estrelló contra mi pecho. Perplejo, no hice más que mirarla—. Creo que a ti te hace mucha más falta que a mí. Parece que necesitas unas clases de educación, así que págatelas con eso, ¡pedazo de patán! Y por si no te alcanza, toma, aquí tienes... —Me arrojó el autógrafo que le había dado—. Puedes venderlo o subastarlo por Internet para conseguir más dinero, seguro te darán una buena cantidad.

Mi mandíbula se tensó mientras la escuchaba hablar y mis puños se cerraron. Si las miradas mataran, probablemente me habría convertido en un asesino en ese momento.

Daniel comenzó a reír. ¿Por qué mierda estaba riendo?

—Vaya, qué interesante señorita, ¿no te lo parece, Mike? —dijo entre risas.

Yo no entendía la gracia.

—¿Interesante? —repliqué—. Es una loca suicida. No tiene nada de interesante. —Negué con la cabeza, levanté las manos y las dejé caer a mis lados, fatigado—. Y no seguiré con esto, ya no, me largo de aquí.

No iba a seguir tolerando más mierda, al menos no por este día.

—¿Me has llamado loca suicida?! —rugió la fierecilla, enseñándome los dientes. Le ofrecí una mirada fría y, apretando los labios con desprecio, me apresuré hacia la salida sin responderle.

—¡James, espera! —gritó Mike, alcanzándome antes de que saliera—. Aún no terminamos de hablar, hombre...

Lo miré por encima del hombro.

—Ya está dicho todo, ¿no? Dijeron que las cosas serán a su modo, entonces que así sean.

Continué el camino hasta mi automóvil y noté que, a lo lejos, un fotógrafo apuntaba el lente de su cámara hacia mí. Diablos. Mantuve los cristales arriba y miré hacia otro lado mientras él me fotografiaba dejando la empresa. Ya imaginaba los titulares que acompañarían a esas fotos que me había sacado, porque una cosa era segura: el cabreo que sentía no era un secreto. Se me notaba en la cara.

S S S

Esa mañana, antes de llegar a Beat para la reunión a la que me había citado Daniel, me pasé por Grinders. Grinders era el nombre de una pequeña cadena de cafeterías de Nueva York que mi padre me enseñó a amar cuando nos mudamos a la ciudad. Tenían locales en los cinco distritos, pero este ubicado en Manhattan era el que visitaba con mayor frecuencia.

Entré y me dirigí directamente al mostrador en busca de Robert, el chico que siempre me atendía. Mierda. Encontré a Robert, solo que él estaba acompañado. Mi entrecejo se frunció al identificar a la chica con la que hablaba. ¿Cómo no reconocerla? Habíamos tenido un desagradable encuentro días atrás. Sus ojos color oliva me encontraron, y a pesar de que estaba usando gorra y lentes oscuros, supe que me reconoció. La mueca de desagrado me lo confirmó.

Robert la dejó para venir a atenderme.

—James, hola —me saludó, le respondí con un leve asentimiento—. ¿Lo de siempre?
Afirmé con la cabeza en silencio.

—¿Qué está haciendo esa chica aquí? —le pregunté, haciendo clara referencia a la fierecilla con la que él hablaba antes.

Robert se encogió de hombros, nervioso. No era de extrañar, él siempre lucía nervioso cuando hablábamos.

—Estamos contratando personal...

Infiernos... no.

Volteé a verla. No, ella no podía trabajar en Grinders. Me gustaba venir aquí no solo por el buen café, sino que también porque me recordaba a mi padre. Era mi lugar, su presencia solo lo arruinaría. ¿Lo estaba haciendo a propósito? ¿Era su venganza? No quería creer que se tomaría tantas molestias por mí, pero resultaba inquietante que, entre tantos lugares, precisamente tratara de conseguir trabajo aquí.

Hice una mueca.

—No puedes contratarla —le dije a Robert, y él se detuvo a mirarme con sorpresa. Volteó a ver a la chica y luego sus ojos cayeron de nuevo en mí.

—¿Qu-qué?

—Me gusta este lugar, me gusta el café que venden, pero no me gusta ella.

—¿Qué? —repitió, confundido.

—Así de simple —dije, entregándole un billete que cubría el costo de mi compra más una buena propina—. Ahora dame mi café, por favor.

Él se aclaró la garganta, apabullado, y terminó de servir mi bebida antes de entregármela.

—De verdad apreciaría que pensaras en lo que te he dicho —finalicé, echando un breve vistazo a la fierecilla.

Sus ojos color oliva me devolvieron la mirada con desdén. Enarqué una ceja cuando ella los entrecerró, mirándome a través de sus pestañas, y torcí los labios en una mueca. Sin pronunciar una sola palabra más, salí de Grinders deseando que Robert me escuchara y no la contratara. Yo no quería más problemas con la fierecilla, algo en mi interior me advertía que lo mejor era evitar que nuestros caminos se cruzaran.

Capítulo 4

JAMES

La reunión del pasado lunes con Daniel fue simple y sencillamente para comunicarme que contratarían a otra persona para que trabajara conmigo, lo que significaba que me pondrían un nuevo perro guardián. También me hizo firmar un contrato en el que me comprometía, en resumen, a mantener una relación cordial con esa persona. Si yo arruinaba las cosas como las veces anteriores, todo BadBoy pagaría las consecuencias. Buena manera de atarme de manos.

Tal vez no lo demostraba mucho últimamente, pero Logan, Eric, Carter y Blake eran importantes para mí. No eran solo mis compañeros de banda, eran mi familia. Una familia de la que me había distanciado también, pero eso no significaba que no me preocuparan. Quería lo mejor para ellos, no haría nada que los perjudicara a propósito. Daniel y Michael lo sabían.

—¿Te descubrieron?

Eric se encogió de hombros, pasando una mano por su alborotada melena marrón mientras subíamos al ascensor.

—No soy Clark Kent, hombre. Los lentes no me ayudan a mantener mi identidad secreta, ni siquiera los de sol.

Vale, eso todos lo sabíamos. Los lentes y gorras servían para disimular un poco, pero la gente igual nos reconocía.

—¿Se pusieron feas las cosas?

Él se inclinó y oprimió el botón para ir al tercer piso antes de negar con una sonrisa.

—Eran solo dos adolescentes inofensivas de Oregón, Wolfie. Ellas estaban llorando y abanicándose la cara mientras repetían «¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!» y trataban de contarme cuán importante es BadBoy en sus vidas. Fueron algo dulces, de hecho. Las escuché, le di un abrazo a cada una y nos tomamos un par de fotos, luego nos despedimos felizmente.

—Genial que las cosas salieran bien, Eric, pero de veras creo que deberías dejar esa afición tuya de ir a correr solo en Central Park. No todas las fans son dulces y agradables.

—No todas ellas son malas, James.

—Pero, ¿cómo diferenciarlas? ¿Cómo confiar? Ese es el asunto, Eric. Tú sabes bien las

cosas jodidas que han hecho.

Él chasqueó la lengua.

—Sí, vale. Hemos tenido problemas con algunas fans de la ciudad a las que se les ha pasado la mano, James, pero no podemos crucificar a todas por las locuras de unas cuantas. —Respiró hondo—. Mira, hombre, entiendo el rechazo que sientes. Te lastimaron, lastimaron a alguien que amabas, pero no fueron todas ellas. Solo... piénsalo un poco, ¿sí? Por nuestras chicas buenas.

El ascensor se detuvo, Eric suspiró y palmeó mi espalda a modo de despedida antes de salir. Continué mi camino hasta la siguiente planta, meditando sus palabras.

No era fácil hacer lo que él me pedía. Confiar. No, ya no. Después de lo que habíamos pasado, de las cosas que habían hecho en su afán de demostrar que yo les pertenecía a ellas y no a mí mismo, no podía actuar como si nada hubiera pasado... como si no temiera que pudiera volver a pasar.

Sacudí la cabeza, frustrado, y bajé del elevador. Caminé por el pasillo hacia la oficina de Daniel y saludé con un asentimiento de cabeza a Lori, su asistente, cuando pasé por su escritorio.

—James, permíteme que...

—Él me está esperando, Lori, no necesitas anunciarme —indiqué, yendo directo hacia la entrada. No me entusiasmaba encontrarme con Daniel, porque la reunión era para presentarme a la nueva asistente que él mismo se había tomado la molestia de escoger para mí, pero suponía que era mejor no postergar lo inevitable.

Tenía la mano en el picaporte, dispuesto a entrar, cuando la puerta se abrió desde el interior. Mis ojos fueron directo a una cosa: los vaqueros de mezclilla ceñidos a un par de muslos femeninos bien proporcionados, y enseguida avanzaron hacia arriba, pasando por la sencilla blusa blanca y el cárdigan de colores que se amoldaba a la figura de su dueña, y terminaron por detenerse en el rostro de la chica.

Mierda. Mierda. Mierda.

¿Qué demonios estaba haciendo la fierecilla salvaje otra vez en Beat? No podía ser que ella... No. No, ¿verdad? Claro que no.

La miré, ceñudo, y luego a Daniel. Este último suspiró con una pequeña mueca.

—Gran día para decidir ser puntual otra vez, James —dijo, no muy contento al respecto. Volvió a suspirar y le dio una mirada a la fierecilla—. Me temo que haremos esto primero, entonces.

—¿Hacer qué cosa primero? —mascullé, entrecerrando los ojos. Todos mis músculos se pusieron rígidos por la tensión.

Daniel esbozó una mueca y chasqueó la lengua.

—Entra y toma asiento, te lo explicaré todo. —Caminó hasta su escritorio y ocupó la silla detrás del mismo. Ni ella ni yo nos movimos para seguirlo, pero nuestras miradas se encontraron... No supe definir lo que sentí en ese momento—. He dicho que tomen asiento —repitió Daniel con firmeza—. Vamos, apresúrense.

Finalmente ella, abrazándose a sí misma, apartó la mirada y fue a ocupar una de las sillas frente a Daniel. Mi entrecejo se arrugó otro poco. Esto no tenía buena pinta, joder.

Me arrastré hasta la silla que quedaba libre, junto a ella, y tomé asiento, cuadrando los

hombros. Todas las alertas en mi cabeza estaban disparadas. Daniel apoyó los codos sobre el escritorio y entrelazó sus manos al frente, dándonos una larga mirada.

—Bueno, supongo que no hay que ser muy listos para entender lo que está ocurriendo aquí, ¿verdad?

Contuve la respiración, ansioso. Claro que lo entendía, pero no iba a admitir nada en voz alta hasta que ellos me lo confirmaran.

—Al grano, Daniel —pedí, cruzándome de brazos.

Él sonrió y se tomó el tiempo de agarrar de su cajón la pelotita anti-estrés, que Logan le había regalado tiempo atrás, para apretarla con la mano, como si tuviera la intención de hacer más tortuoso el momento.

—Sé que eres un hombre inteligente, Jamie —dijo con serenidad, mirando la fotografía de su esposa y sus hijas que reposaba en el portarretratos decorado con macarrones, pintura y purpurina sobre el escritorio; me removí con incomodidad—. Sí lo eres, aunque a veces actúes como si no fuera así. Te dije que hoy conocerías a la persona que estará trabajando contigo como asistente, ¿no? —Levantó la mirada, y sus ojos azul verdosos se posaron en la chica a mi lado. ¡La señalaron, joder!

Hijo. De. Perra.

Contrató a la fierecilla salvaje. Puta madre, ¡ni más ni menos que a ella!

La miré por inercia, ella se removió en la silla, apretando los labios, y mantuvo la mirada al frente. Sí, tampoco parecía muy feliz.

—Esta chica... —intenté alegar, pero el malestar que se había apoderado de mí no me dejó continuar.

—Su nombre es Emma Hayes —me informó Daniel—. Y ella es oficialmente tu nueva asistente. Firmó el contrato poco antes de que llegaras.

No podía estar pasando, ¡carajo!

El lunes pasado había hecho lo que estaba en mis manos para librarme de ella en Grinders, le pedí a Robert que no le diera el empleo y él seguro me hizo caso. Pero ahora la fierecilla estaba aquí, convertida en mi propia asistente personal, ¡maldita sea! ¿Cuán peor era eso?

—¿Estás jodiéndome? —argüí—. ¿Ella? De todas las personas en el mundo... ¿ella?

—Ella tiene un nombre. —La fierecilla habló por primera vez, mi mirada se encontró con la suya—. Y ya te lo dijeron antes, ¿verdad?

Tensé la mandíbula, cabreado, y volví a mirar a Daniel.

—¿Por qué? —fue todo lo que pregunté, dominando mi enfado.

¿Acaso él había olvidado el encuentro que tuve con la chica la última vez? ¿Era su manera de castigarme? ¿Qué quería demostrar?

—Porque estoy convencido de que es la persona idónea para el trabajo, James. Solo por eso.

No creo que fuese mi imaginación oírlo bufar, lo cual me confundió un poco, para ser honesto. Daba la impresión de que ella tampoco quería este trabajo.

—No creo que haya dudas, ¿verdad? —indicó Daniel después de un momento de tenso silencio—. Ustedes se pondrán de acuerdo en cómo trabajarán, pero tú ya conoces las

reglas primordiales, James. —Me sonrió, recordándome el acuerdo previo que habíamos firmado—. Toma en cuenta también, por favor, que Emma todavía asiste a la universidad, por lo que su horario será flexible. Sobre todo en las mañanas, que es cuando tiene la mayoría de sus clases. Y, Emma —la miró—, Lori te entregará una agenda electrónica que se sincroniza diariamente con la de Michael, el mánager de la banda, para que puedas estar al tanto de los próximos eventos. Puedes añadir en ella los compromisos personales que James te indique también. Cualquier duda que tengas en adelante, Mike te ayudará a resolverla.

—Entendido —murmuró ella en respuesta.

—Perfecto. Eso es todo. Ambos pueden retirarse y comenzar a discutir la manera en la que trabajarán. Y con «discutir» me refiero a entablar una conversación completamente civilizada, por supuesto.

—Dan... —traté de objetar, pero él levantó el dedo índice y negó con la cabeza.

—A mi modo, James. Acordaste hacerlo a mi modo.

Apreté los dientes con furia y me puse en pie. Salí de la oficina dando grandes zancadas, dirigiéndome al pasillo que llevaba a los ascensores.

Joder.

Esto no estaba bien. Ya de por sí detestaba la idea de tener una asistente, pero que esta fuera la fierecilla salvaje hacía del asunto algo todavía menos deseable. No la quería cerca, ¿era eso pedir demasiado?

Poco más tarde, habiendo decidido que para poder deshacerme de Emma Hayes bastaba con probar que no era competente, ella apareció en el pasillo. Venía con la mirada clavada en el organizador personal que Lori debió haberle proporcionado. Respiré profundo y, cruzándome de brazos, esperé hasta que estuvo lo bastante cerca para hablarle.

—Oye... —la llamé. Ella pegó un salto al escuchar mi voz y el aparato casi se le cae de las manos. Lo aferró con fuerza contra el pecho y me frunció el ceño.

—¡Me asustaste!

Apreté los labios.

—¿Hay algo para hoy? —pregunté, señalando con la mirada la agenda que tenía en sus manos, porque fue lo primero que se me ocurrió.

Ella resopló y comenzó a murmurar más para sí misma que para mí:

—Veamos, um... Visita al hospital infantil en Nueva Jersey: Blake y Carter. Ensayo vocal con Heaven: Eric. Asistencia al programa de entrevistas de Joe Dillon de la cadena Rook TV: Logan... —Entrecerró los ojos al aparato y, tras leer en silencio un poco más, me miró y negó con la cabeza—. Nada para ti hoy, pero mañana todos tienen un evento en la noche.

—La apertura del restaurante... —recordé con una mueca.

Sabía muy bien de ese evento al que nos habían invitado a cortar el listón de inauguración. La pesada de Kaylee Johnson ya me había advertido, con una llamada telefónica, de lo emocionada que se encontraba por vernos en la apertura de Ciudad de Luceros, el nuevo restaurante de Claude Bonham, padre de una de sus compinches.

—Ah, entonces ya lo sabes. —Emma asintió para sí misma y guardó la agenda en el bolso—. Fantástico. Recuerda entonces que tienes que llegar allí a las siete de la noche en punto.

Enarqué una ceja y ella evitó mi mirada mientras cambiaba el peso de una pierna a otra, como si quisiera salir corriendo lejos lo más pronto posible.

—¿No es tu nuevo trabajo recordármelo?

—Y asegurarme de que llegues a tiempo —dijo de mala gana, frunciendo los labios—. ¿Cómo vamos a hacer esto? ¿Cómo voy a comunicarme contigo?

—No lo sé, Hayes, pero he escuchado por ahí que hoy en día existe algo que la gente llama teléfono celular. ¿Tienes uno?

Me miró con cara de pocos amigos y metió la mano en su bolso, sacando el celular.

—Dame un número al que pueda llamarte o enviarte mensajes —pidió—. Estaré en contacto contigo mañana hasta saber que llegaste al evento.

La estudié con los ojos entornados mientras esperaba, con su celular en la mano, a que yo le dictara mi número. La furia letal que era el día que la conocí había sido reemplazada por una helada indiferencia. O al menos era lo que aparentaba.

Tomé el celular de sus manos y guardé mi número en su lista de contactos. Debía admitir que una parte de mí, siempre desconfiada, esperaba encontrar mi foto o la de BadBoy en su fondo de pantalla, pero no, en realidad ella tenía allí una foto de un grupo de niños sonrientes. Al menos ella no era otra fanática buscando beneficios específicos por estar en el puesto. Ese pensamiento no hacía que quisiera mantenerla cerca, sin embargo. En realidad habría estado bien que fuese una fanática de ese tipo, eso habría bastado para descartarla del puesto.

Llamé desde su teléfono al mío y, cuando mi celular vibró en el bolsillo del pantalón, corté la llamada y le devolví el aparato.

—Ahora tienes mi número y yo tengo el tuyo. Te enviaré mañana temprano la dirección de mi apartamento en un mensaje de texto.

—¿Para qué quiero yo la dirección de tu apartamento? —Frunció el ceño, desconcertada.

Ni el más leve asomo de emoción ante la idea de conocer mi casa se vio reflejado en su expresión. Bien, para ser honesto yo no quería tener que mudarme si ella hacía un mal uso de esa información, eso sería un fastidio. Pero que lo hiciera, que Emma Hayes divulgara mi número de teléfono o mi dirección, demostraría que ella no era una persona de confianza y sería razón suficiente para que el mismo Daniel Johnson la echara. Ya veríamos si eso pasaba.

—Eres mi asistente, ¿verdad? Se supone que debes asistirme, entonces. Ayudarme. —Saqué de mi billetera un *ticket* y se lo ofrecí—. La ropa que usaré para el evento está en la tintorería, ve a recogerla mañana a las cuatro y llévala a mi apartamento después.

—¿Cómo dices?

—Y envíame tu horario de clases hoy mismo, quiero saber las horas en las que no estarás disponible.

—Pero...

Levanté la mano, haciéndole guardar silencio, y negué con la cabeza.

—Tengo cosas que hacer, ya no tengo tiempo. Es todo por hoy para nosotros. Gran trabajo, ¿no? Y el sueldo es bastante bueno, vi lo que ofrecían en el contrato. Creo que puedo entender un poco por qué lo haces.

—No, tú realmente no te haces una idea —aseveró con molestia.

Me encogí de hombros, sosteniéndole la mirada solo durante un segundo más, y di media vuelta para marcharme.

Capítulo 5

E M M A

En persona, James Wolf poseía un par de glaciales ojos azules que intimidaban. Era tan atractivo como se veía en las revistas y televisión, por supuesto, pero también era algo más que las cámaras no mostraban: desagradable, irritante, engreído... un cretino insoportable.

Y también... James era la persona con quien trabajaba ahora.

¿Cómo me había metido en un lío así de gordo? ¡Era una tontería! Si me hubiese controlado... Si no me hubiese dejado guiar por el cabreo, entonces mi vida no habría terminado enredándose de esta manera. Nunca pensé que lo conocería a él, a su mánager o al mismísimo Daniel Johnson en persona, pero ahí estaba yo: una tonta cabreada que había armado un escándalo en Beat Entertainment delante de todos ellos.

Yo misma me había echado la soga al cuello, caray. Aunque, claro, ¿quién iba a decirme a mí que a Daniel Johnson se le iban las cabras y encontraría como una cualidad perfecta, según sus propias palabras, el hecho de que James y yo no nos soportáramos? ¡Hombre loco! Y pensar que crecí escuchando su música mientras mamá me contaba que él era su amor platónico de la juventud y papá rodaba los ojos diciendo en broma que entonces ella

debió haberse casado con Daniel y no con él.

Mamá habría estado muy decepcionada de su ídolo si supiera que él perdió la chaveta. Y yo entendería ese sentimiento mejor de lo que me gustaría admitir.

Frustrada, tiré de un puñado de mi cabello y lloriqueé por mi mala suerte.

—Chica, ¿qué diablos? Vas a arrancar tu cabello.

Ah, pequeño detalle. Me olvidaba de que no estaba sola.

Liberé mi cabello lentamente y, suspirando, giré en mi silla y le ofrecí una sonrisa incómoda a Aria. Ella estaba recostada en la cama, con los codos apoyados a los lados para sostenerse y la cabeza levantada, observándome con las cejas enarcadas.

Aria era mi rubia —y a menudo ausente— compañera de dormitorio. Este era el segundo semestre que compartiríamos habitación en la residencia estudiantil, ella estudiaba medicina veterinaria mientras que yo cursaba la licenciatura en trabajo social. Había llegado de sus vacaciones apenas esta mañana.

—¿Lo siento?

Se incorporó, sentándose en la cama.

—¿Va todo bien? Sé que no nos conocemos mucho, pero... —frunció el ceño— puedes hablar conmigo si quieres.

Me mordí el labio inferior, tentada por la oferta. Para ser honesta, hablar con alguien me caería bien. No quería contarle a mis padres lo que estaba ocurriendo y mi mejor amiga Kate, que se hallaba a kilómetros de distancia en Texas, hacía mucho que no respondía a mis mensajes ni llamadas. Ni siquiera la había podido ver en las vacaciones, cosa que apestaba, porque de verdad la extrañaba. Cuando nos graduamos y tomamos caminos separados, prometimos que la distancia no nos iba a afectar. Ya no estaba segura de que fuera así, quizá esa promesa tenía una fecha de caducidad que ya se había cumplido.

—La cosa es que... tengo un nuevo trabajo —decidí confesarle a Aria. Ella esbozó una amplia y brillante sonrisa que provocó que sus ojos azul bebé se achicaran.

—Eso es fantástico, ¿no? La última vez dijiste que querías uno. ¡Felicidades!

—No es tan fantástico —suspiré, cruzándome de brazos. Estaba en pijamas y mi cabello era un desastre, probablemente lucía un poco ridícula. Como una niña demasiado grande para hacer un berrinche.

—¿Por qué no? —preguntó confundida.

—Porque... no es lo que quería. No tiene relación con lo que estudio y el tipo con el que voy a trabajar es un... —Apreté los labios y negué con la cabeza—. Él no es agradable.

—Es un hijo de puta, lo capto —asintió.

—Desearía no haber tenido que tomar el empleo.

—No tienes que hacerlo —replicó, su entrecejo frunció—. No es como si estuvieras obligada. Si el tipo es un cabrón, renuncia. Hay más lugares donde podrías trabajar. Y si te urge realmente el dinero, yo podría prestarte...

—No, no. —Levanté la mano y negué con la cabeza—. Te lo agradezco, pero no es eso. Solo... es complicado.

Aria abrió la boca para decir algo, pero en ese momento alguien golpeó la puerta de nuestro dormitorio.

—¡Aria, vamos! —dijo una voz masculina al otro lado de la puerta.

—¡Un segundo, Dom! —respondió la rubia, dándome una mirada de culpa por la interrupción de su novio—. Emma...

—Ve, adelante —la animé—. Está bien.

—¿Estás segura?

—Sí... sí. —Hice un gesto con la mano, restándole importancia al asunto—. Yo tengo un libro que terminar de leer de todos modos —señalé mi escritorio, donde mi compañero de esta noche se encontraba con el separador marcando la página en la que me había quedado.

—Vale, bueno... —Se puso de pie y fue por su bolso a su mesita de noche antes de volver a mirarme—. ¿De verdad estarás bien?

—¡Nena, me hago viejo aquí afuera! —Dominic, impaciente, volvió a golpear la puerta.

Aria rodó los ojos.

—¡Jesús, dame un minuto, Dominic! —gritó de regreso, acomodando su cabello rubio detrás de sus orejas—. ¿Emma?

—Estaré completamente bien —prometí, sonriéndole para confirmarlo—. Ve, te están esperando.

Aria frunció los labios en una mueca.

—De acuerdo. Me quedaré en el apartamento de Dom esta noche, pero puedes llamarme si necesitas cualquier cosa, ¿vale?

Asentí y ella vino a darme un rápido abrazo. Ella siempre daba abrazos, me había dado uno incluso el mismo día que nos conocimos.

—Y si no te gusta el trabajo o tu jefe, deshazte de ambos, ¿vale?

Me obsequió una sonrisa, apretando con gentileza mi hombro, y se marchó.

Cuando la puerta se cerró detrás de ella, suspiré. Aria y yo no hablábamos mucho, sobre todo porque ella no pasaba mucho tiempo en el dormitorio que compartíamos. Tenía que admitir que en algún punto me había preguntado por qué ella no se mudaba a vivir con su novio si pasaba más noches allí que aquí, pero, por supuesto, ese no era uno de mis asuntos.

Mis asuntos por ahora estaban más enfocados en un trabajo que no quería, el próximo inicio de clases, una mejor amiga que me ignoraba y cierto temor a hablar de todo esto con mis padres. No quería hacerles pensar que no podía manejarlo sola, que era demasiado débil o que la situación me superaba. Bastante difícil había sido convencerlos de dejarme venir a Nueva York a estudiar, no quería darles ningún pretexto para hacerme volver a casa.

Aunque tal vez si me hubiese quedado en Albuquerque nada de esto estaría pasando y yo nunca... ¡No! No, no. No podía caer en eso... en los feos arrepentimientos. Estar en Nueva York era bueno para mí, no podía vivir para siempre bajo el ala de mis padres. Necesitaba ser independiente y sabía que parte de serlo significaba afrontar las consecuencias de los problemas en los que me metía. Además, me había metido en este por una buena causa.

El día que desafortunadamente conocí a James Wolf y descubrí cuán idiota era él, el enojo pudo conmigo. Estaba echando humo por los oídos y no pensaba con claridad, así que hice la tontería de ir a enfrentarlo. Si hubiese estado en mis cinco sentidos me habría ahorrado el problema. Luego de que le lanzara de regreso el dinero y el autógrafo que me había dado

como compensación (que yo no le pedí), James se largó y yo planeaba hacer lo mismo, pero Daniel Johnson no me lo permitió. Me hizo acompañarlos a él y a Michael Dunn por un café a Grinders, Daniel me interrogó durante media hora y, cuando terminó, lanzó la bomba. Me dijo que quería ofrecirme trabajo como asistente de James. Me reí en su cara porque pensé que bromeaba, luego descubrí que él simplemente estaba loco. Rechacé su oferta con tanta educación como pude y me fui, pero ellos no se rindieron tan fácil.

Dios, incluso fui a conseguir el empleo que vi que anunciaban en esa cafetería porque pensé que, si lo obtenía, entonces Michael me dejaría en paz. Y estuve a punto de conseguirlo, pero un segundo encuentro no deseado con James Wolf lo arruinó y yo de verdad que quise odiarlo por ello.

Michael continuó persiguiéndome, insistiendo en que le echara un vistazo a la propuesta que Beat me ofrecía. Mi respuesta siempre fue negativa, hasta que el hombre encontró la manera de hacerme ceder.

Había una razón por la que me encontraba en Nueva York desde antes de que iniciaran mis clases: me había anotado como voluntaria en el Orfanato Nueva Esperanza para ayudar a recaudar dinero para la manutención del lugar que albergaba a más de cien pequeños y no contaba con los recursos necesarios para brindarles todo lo que ellos requerían para vivir cómodamente mientras esperaban a ser adoptados o, en su defecto, cumplir la mayoría de edad y salir del sistema. El orfanato ocupaba toda la ayuda que se les pudiera brindar.

El asunto es que Michael, que se había convertido en un desagradable acosador que aparecía en todos lados y a todas horas para hablarme sobre ser la asistente de James, terminó enterándose de mi interés en el orfanato y entonces solo le bastó modificar un poco su propuesta antes de lograr convencerme.

Así, a cambio de cumplirles el capricho y aceptar el trabajo, Beat Entertainment se encargaría de pasarle un cheque mensual al orfanato con la cantidad suficiente como para que ellos pudieran mejorar la calidad de vida de los niños que alojaban. Y no solo durante el año que me comprometía a trabajar con ellos, sino que Michael aseguró que la ayuda continuaría después de eso. ¿Cómo podría haber dicho que no a una propuesta así? Por mucho que detestara la idea de volver a tratar con James Wolf, mi consciencia jamás me habría dejado tranquila si le hubiese quitado la oportunidad de una mejor vida a todos esos niños.

Solo debía resistir por un año. Y un año pasaba volando, ¿verdad? Ojalá que sí. Ojalá que solo me tomara irme a dormir una noche y despertar a la mañana siguiente con la pesadilla terminada.

Di una vuelta en mi silla giratoria, agobiada. Traté de dejar de pensar en lo locos que habían sido mis últimos días y en lo difíciles que se pondrían los próximos, y me puse a hacer la cosa más aleatoria que se me ocurrió: admirar mi alrededor. Contemplé la alfombra gris que tapizaba el suelo, las paredes color crema, las dos camas individuales que se amontonaban al fondo, la montaña de libros que reposaba en mi mesita de noche y la puerta blanca del diminuto baño. El dormitorio era bonito, sí, aunque parecía una caja de zapatos. Los primeros días pensé que podía asfixiarme. Yo estaba acostumbrada a espacios amplios, mi casa en Albuquerque tenía un jardín enorme y más habitaciones de las que mis padres y yo necesitábamos para vivir. No éramos millonarios ni nada por el estilo, pero a papá le iba bien en su trabajo. Adaptarme al cambio no fue sencillo, pero llegó un momento en el que la falta de espacio dejó de molestarme.

¿Iba a ocurrirme lo mismo con James en algún momento? ¿Me adaptaría a tenerlo a mi alrededor sin que eso me afectara en lo más mínimo?

El teléfono sonó, sobresaltándome. Fruncí el ceño y me estiré para tomarlo del escritorio. Entonces sentí la sangre congelarse en mis venas cuando vi que se trataba de, precisamente, un mensaje de texto de James. Me paralicé.

Pero eso era normal. Sí, lo era. Uno no se mensajea todos los días con gente famosa. E incluso aunque esa gente famosa no sea diferente a un cretino sin modales, resultaba algo difícil de asimilar.

Sacudí la cabeza, alejando mis agobiantes pensamientos, y leí lo que ponía el mensaje. Era la dirección de su casa y la hora a la que quería que le llevara la ropa que debía recoger de la tintorería por él. Puse los ojos en blanco y me enfurruñé.

¿Por qué tenía que hacer lo que él dijera? James Wolf no era más que un idiota. Incluso aunque quisiera creer lo contrario, eso no serviría de nada porque la realidad no cambiaba solo con lo que yo pensara.

Argh.

No iba a ser sencillo, la forma en la que me estaba molestando el solo hecho de recibir un mensaje suyo era una clara prueba de ello. Me embargó la impotencia con ese pensamiento y, de repente, me asaltaron las ganas de llorar. Me sentí tan pequeña y estúpida. ¿Cómo se suponía que iba a manejar el trabajar un año completo a su lado de esta manera?

Capítulo 6

J A M E S

Lo que sabía de Emma Hayes hasta el momento era información demasiado básica que en realidad no me decía mucho sobre ella. Tal como le pedí, me hizo llegar su horario de clases. Por las materias que figuraban en la lista, deduje que estudiaba alguna carrera relacionada a las ciencias sociales o humanidades.

El semestre iniciaba el siguiente lunes y las clases serían en su mayoría durante las mañanas, a excepción de los miércoles, que también llevaría una materia de tres a cinco de la tarde. Por lo general ella estaría libre a partir del mediodía, y los viernes desde las diez de la mañana. Daba igual, no esperaba que ella se quedara demasiado tiempo alrededor como para que importara.

No, no había cambiado de opinión sobre tener un asistente. Porque tener un asistente implicaba permitirle a esa persona involucrarse en aspectos íntimos de mi vida, cosa que yo no deseaba que ocurriera. Ni con Emma Hayes ni con nadie más. ¿Qué iba a hacer si un día, por ejemplo, Celine y Aiden llegaban de sorpresa mientras ella estaba conmigo? Yo sabía que un encuentro con esos dos nunca terminaba bien, y me negaba a la idea de que Emma Hayes lo presenciara. Ya puestos, honestamente detestaba la idea de que cualquiera lo presenciara.

A las cinco con treinta me metí a duchar. Emma debería haber llegado media hora atrás, pero no lo había hecho aún. Mal comienzo.

Estaba todavía duchándome cuando oí el timbre sonar por primera vez. Una vez más. Y otra.

Cerré los ojos un minuto más bajo la regadera, dejando que el agua tibia recorriera mi cuerpo. Con un suspiro cerré el paso del agua, tomé la toalla para secarme y luego la envolví alrededor de mi cintura. Colgué de mi hombro izquierdo una toalla más pequeña, cubriendo la tinta que tenía grabada en ese lado de mi pecho, y me dirigí a la puerta.

Al abrir para recibirla, me encontré con la sorpresa de que ella ya caminaba de regreso al ascensor.

—¿Adónde vas?

Se detuvo, tensándose, al oírme llamarla. Noté que sujetaba con más fuerza de la necesaria la percha del traje que había recogido en la tintorería, mientras que su otra mano se apretaba en un puño.

Le tomó un largo minuto girar sobre sus pies y darme la cara. Regresó hasta a mí en silencio y, cuando levantó la mirada para decirme algo, su boca colgó abierta.

¿Qué carajos?

Emma apretó los labios y apartó la mirada con incomodidad. Recordé que solo llevaba encima una toalla y pensé que quizás ese era el motivo de su reacción. Entrecerré los ojos y ladeé la cabeza mientras la estudiaba. ¿Estaba ella avergonzándose ahora mismo por mi falta de ropa? El sonrojo que cubría sus mejillas me indicaba que sí.

—Entra y espérame en la sala de estar —dije, frunciéndole el ceño. Di la vuelta y regresé dentro, dejando la puerta abierta para ella. La oí cerrarla cuando yo entraba, al mismo tiempo, a mi habitación.

Me puse unos pantalones de chándal y la primera camiseta que alcancé en el armario. Cuando salí, ya vestido, encontré a Emma contemplando todo con minucioso detalle. Joder. No me gustaba que lo hiciera, pero estaba dispuesto a soportarlo si eso serviría para librarme pronto de ella.

Emma había extendido la bolsa de la tintorería a lo largo del sofá y se hallaba sentada en una esquinita del mismo. Todavía sin notarme, su mirada cayó en el portarretratos que estaba en la mesita de centro, lo que me hizo fruncir el ceño sin poder evitarlo. Esa era la clase de cosas privadas que no quería compartir con extraños como ella.

—¿Qué estás husmeando tan descaradamente?

Se puso de pie al acto y yo me acerqué a ella. Su respuesta inmediata fue alejarse, atravesando la sala de estar para situarse al otro lado del sofá, como si de esa forma pudiera ponerse a salvo de mí.

—La decoración... —balbuceó, parpadeando—. Me gusta la decoración.

Claro, porque era la decoración lo que veía en ese portarretratos. Mis labios se apretaron en una fina línea.

—Qué sorpresa. No pensé que alguien como tú se fijaría en ese tipo de detalles —dije con ironía. Por la mueca de indignación que esbozó supe que mi comentario no le había hecho feliz. Bueno, no lo dije para contentarla, de todos modos.

—Ahora ves que te equivocas —murmuró—. «Alguien como yo», lo que sea que eso signifique, sí se fija en estas cosas. Y te diré que, aunque el estilo es elegante, definitivamente hay algo que ni tú ni todo tu dinero pueden comprar para este lugar.

Rodé los ojos sin proponérmelo.

—Ah, ¿sí? Pues de la forma en que yo lo veo no hay nada que falte aquí. Este lugar es perfecto.

—Exacto —me dio la razón mientras una sonrisa de suficiencia curvaba sus labios—. Es tan perfecto que no tiene ningún tipo de calidez. No se siente como un hogar, tu casa se siente tan vacía como lo es de elegante... Provoca escalofríos.

Emma se frotó los brazos para enfatizar lo último que dijo y mi mandíbula se apretó con fuerza. Odié que lo que había dicho se sintiera real, como si ella estuviera viendo a través de mí. A excepción de Marie, no había nada cálido en este lugar, ni en mí, desde hacía bastante tiempo. Odiaba pensar en ello... detesté a Emma por recordármelo.

—Es una lástima que no estés aquí para decir una mierda sobre mi casa, ¿verdad? Cuando requiera tu opinión te lo haré saber, mientras tanto puedes reservarte tus comentarios.

Sus labios se crisparon en una mueca y mis ojos cayeron en la bolsa de la tintorería que estaba en el sofá. Me acerqué a tomarla, porque ya era tarde y debía comenzar a alistarme, pero Emma se me adelantó, poniéndola fuera de mi alcance.

Le lancé una mirada adusta, ella sonrió vacilante.

—¿Ahora qué? —dije—. ¿Primero llegas tarde y ahora no quieres darme mis cosas?

—Sí, bueno... —Inhaló profusamente y se mordió los labios—. No llegué tarde por gusto, ¿sabes? Tuve que ir primero a la tintorería y no es como que tenga un auto para moverme. Y tu casa no está precisamente en un lugar al que se llegue fácilmente, caminé bastante desde la estación del metro hasta aquí. ¿Qué pasa contigo que no eres como los otros famosos viviendo en barrios como el Upper East Side, SoHo, Tribeca o algo por el estilo?

—Aprecio cada ápice de privacidad que pueda conseguir, Emma. Lo aprecio más de lo que imaginas.

Ella frunció los labios y asintió, encogiéndose de hombros.

—En fin... —dijo, y comprobó algo en la pantalla de su celular antes de devolverlo a su bolso y mirarme a la cara—. Son las seis con veinte minutos. Te daré la ropa y estaremos de acuerdo en que yo puedo irme y tú te apresurarás para llegar puntual al evento, ¿verdad?

—Si todo está en orden... —Alargué la mano hacia ella y ella me entregó la bolsa de la

tintorería—. Espera un minuto.

Fui a mi habitación a revisar que todo estuviese como lo había pedido. Bajé el zipper de la bolsa y saqué la ropa, tendiéndola sobre la cama.

—Entonces... ¿me voy? —preguntó ella desde la sala de estar.

Esbocé una mueca y respiré profundo.

—Ven aquí un segundo, Emma. —Con la mirada fija en el traje, esperé hasta que la oí empujar la puerta y entrar muy despacio.

—¿Sí?

—¿Revisaste lo que te entregaron?

—¿Eh?

Volteé a verla, ella enarcaba las cejas.

—¿Dónde está la camisa?

—Uh, la camisa... la camisa... ¿No está ahí la camisa? —Se acercó y tomó la bolsa, rebuscando en vano.

—Evidentemente no, Emma. Llama a la tintorería. Pasaré a recogerla de camino, si no queda otra opción.

Ella no se movió, se llevó las manos a la boca y permaneció allí con la mirada algo perdida. Al parecer esa era una costumbre suya.

—No...

—¿No? —Enarqué las cejas—. No es momento para tonterías, Emma. Haz lo que te pedí.

—No puedo. —Parpadeó y tragó saliva con dificultad—. Ay, yo... Ellos me lo entregaron todo, pero...

—¿Pero? —entrecerré los ojos.

—Tuve un pequeño accidente en el metro, la bolsa se abrió y... ¡Cielos! Lo siento, de verdad, pensé que todo estaba allí. Tenía prisa por llegar y...

—Debes estar jodiéndome —masculé.

Faltaba poco para el evento y yo necesitaba llegar puntual. No porque me importara un carajo el restaurante de Claude Bonham, pero tenía que hacerlo o Daniel iba a darme mierda por ello.

—Lo siento. —Se encogió—. Yo... yo... ¡En serio que no fue a propósito!

—Difícil de creer, después de todo parecías realmente apurada por irte hace un momento, ¿verdad? Esa urgencia bien podría ser porque sabías que no encontraría la camisa y...

—¡¿Qué?! —jadeó, ofendida—. ¡Pero claro que no! ¡No digas tonterías! ¿Por qué iba yo a...? ¡Es ridículo, totalmente ridículo!

—¿Ridículo, dices? —Avancé hasta detenerme frente a ella, haciéndola retroceder un paso—. Dime tú qué cosa no es ridícula en todo esto de trabajar juntos. ¿Qué cosa no es ridícula desde el primer encuentro que tuvimos? Te desagrado, sé que lo hago. Pero estás aquí. ¿Por qué? —Me acerqué otro paso, mi respiración agitada y mi ceño bien fruncido; la miré fijamente y, sin proponérmelo, levanté una mano para apartarle un mechón de cabello de la cara, pero ella giró el rostro, impidiéndomelo. Hice un puño con mi mano y la bajé—. ¿Por qué estás aquí, Emma Hayes?

Emma parpadeó con la boca medio abierta, tal vez buscando una respuesta, y desvió la mirada lejos de mí. Entonces mis ojos fueron por inercia a inspeccionar su figura... Pasé por los detalles de su rostro, la suave curva que hacía su nariz respingada, sus labios llenos y rosados, su melena castaña y su piel color caramelo. Mi mirada avanzó por su cuello, pasó por su clavícula y se detuvo justo donde comenzaban sus pechos. Tragué saliva con dificultad.

Emma no era una belleza destacable de las que hacían girar cabezas cuando entraba en un lugar, pero podía decirse que era bonita en los términos comunes si le prestabas la suficiente atención como para notarlo.

La primera vez que la vi pensé que no había nada especial en ella además de sus ojos; y su sonrisa torpona me había desagradado. Ahora... ahora estaba molesto y no tenía sentido pensar en trivialidades como esa.

—E-estoy bastante segura de que esto puede considerarse intimidación, James. Estás invadiendo mi burbuja. ¿Te gusta tu privacidad? Pues a mí me gusta mi espacio personal libre de invasores.

Nuestras miradas se encontraron solo un instante y yo me alejé de ella tan pronto como fui consciente de que tenía que hacerlo.

—Encuentra otra camisa en el armario y haz el favor de plancharla. La plancha está allí. — Señalé el mueble donde sabía que Marie la guardaba, ella intentó replicar, pero se lo impedí—. Y antes de que digas algo como que eso no está dentro de tus funciones, déjame recordarte quién fue la que perdió la otra camisa en primer lugar. —Ella apretó los labios y yo me encaminé a la salida—. Y date prisa, si llego tarde y Daniel me da mierda por ello te haré responsable de todo.

Dejé la puerta abierta y fui a la cocina. Necesitaba tomarme un momento a solas.

Me serví un vaso de agua y me lo bebí lentamente, sintiéndome abrumado. La sensación pesaba en mi pecho. ¿Estaba haciendo lo correcto? Ya no estaba tan seguro, porque esto parecía justo lo que no quería: Emma Hayes en mi casa, Emma Hayes en mi habitación... Emma Hayes en mi vida.

No quería eso, debía evitarlo.

Oí un teléfono sonar, debió ser el de ella, porque el mío, que estaba en la encimera, no dio señales de vida. Al menos hasta dos minutos más tarde, cuando una llamada entrante de Eric se anunció en la pantalla.

Dejé el vaso en el fregadero, tomé el aparato y atendí la llamada.

—¡Wolfie, hermano! —exclamó Eric alegremente.

—Hola, Eric.

—Me mata lo entusiasta que eres, amigo. En serio. Podría llorar de la emoción al oírte tan feliz de hablar conmigo.

—Deja de joder, ¿qué quieres?

—El tío Mike está llevándonos en la limusina. Carter y yo ya vamos con él. Recogeremos a Logan y luego a Blake. La pregunta es... ¿vamos por ti también?

Comprobé la hora, era tarde.

—No creo que lleguemos a tiempo si lo hacen. El evento es a las siete.

—Ah, sí, eso. Resulta que es a las ocho en realidad, pero Mike nos programó a las siete

para que estuviésemos listos con anticipación. En fin, entonces pasamos por ti. Te enviaré un mensaje cuando estemos afuera.

Sin dejarme responder, cortó la llamada.

Dejé el teléfono de nuevo sobre la encimera y atravesé la sala de estar para llegar a mi habitación, donde Emma debería haber terminado ya de planchar la nueva camisa.

El sutil olor a quemado que me recibió me hizo fruncir el ceño y apresurarme a ver qué estaba ocurriendo allí dentro.

—¡Hayes!

Se sobresaltó con mi grito, sus manos escondieron rápidamente detrás de ella una bola de tela color menta. La mirada que me dio era de pánico.

Entrecerré los ojos.

—Puedo explicarlo... —jadeó, levantando una mano entre nosotros como si eso fuera suficiente barrera para mantenerme lejos.

Pellizqué el puente de mi nariz.

—¿Qué demonios pasó, Hayes?

Su rostro estaba lívido. De pronto la fierecilla salvaje lucía más como un ratoncito asustado de mí. Joder. No podía darme el sentimiento de que estaba mal gritarle o enojarme con ella ahora, porque lo cierto era que tenía motivos para estar cabreado.

—Tra-traté de decírtelo... No me llevo bien con estas cosas. —Sus ojos apuntaron en dirección a la plancha—. Lo siento.

—Déjame ver —masculé entre dientes—. ¡Que me dejes ver, te digo!

Ella se mordió los labios y puso a la vista la camisa que despedía el olor a chamuscado. Tenía que estar jodiéndome. La suave tela color menta estaba arruinada por completo.

Mordí el interior de mis mejillas con fuerza, usando toda mi voluntad para contenerme.

—Vete —murmuré sin mirarla a la cara.

—Lo siento. No quería... Es que Lia me llamó y... Yo...

—Vete, Emma... —repetí con la mandíbula tensa—. Solo... vete.

Ella volvió a susurrar un «lo siento» antes de tomar su bolso y precipitarse a la salida. Solo un poco después oí cerrarse la puerta del apartamento y supe que se había marchado. Respiré hondo y traté de no mirar la camisa quemada mientras iba al armario, tomaba otra y me disponía a plancharla yo mismo.

Carajo.

La noche iba a ser jodida y podía decirlo solo por la forma en la que estaba comenzando.

Capítulo 7

E M M A

Tonta.

Tonta.

Mil veces tonta.

Él estaba tan silenciosamente furioso que creí que le daría un ataque y se moriría allí mismo. ¿Por qué no podían salirme bien las cosas? Quería mantenerlo simple. No deseaba problemas con James Wolf, lo había pensado toda la noche anterior y había llegado a esa conclusión, lo mejor era mantener las cosas profesionales con él, frías. Aunque debía admitir que cuando me sacaba de mis casillas era un poco difícil morderme la lengua y no responderle como se merecía... ¡pero lo estaba intentando, para que conste!

Qué desastre. Ahora él creía que le había perdido una camisa y quemado otra a propósito. ¿Cómo llamarías a eso mantener las cosas simples y profesionales? Era como haber inaugurado la zona de guerra. Una guerra en la que yo no quería participar.

Me sobresalté al sentir un apretón en el hombro.

—¿Te encuentras bien? —Lia Banfield me miraba con el ceño fruncido.

Oh, sabía bien quién era Lia. Había visto algunas fotos suyas y escuchado ciertos rumores. Ella era una chica guapa. Tenía el cabello negro y corto, a la altura de la barbilla, y unos ojos verdes impresionantes. Aunque era más baja que yo, era ella la que conseguiría intimidar a cualquiera. Solo necesitaba darles una mirada.

Tomé una bocanada de aire y asentí, sintiendo mi lengua seca.

—Sí, sí. Lo siento. Estoy bien.

Ella retiró su mano y se cruzó de brazos, mirándome con intriga.

—Estabas pálida, como si hubieras visto un fantasma.

—Pues casi...

Lia ladeó el rostro, entrecerrando sus ojos hacia mí, y finalmente tomó asiento en la silla libre. Ella me había llamado para pedirme que nos encontráramos... Si no me hubiese distraído con esa llamada suya, tal vez no habría quemado la camisa de James. O quizá sí, las tareas del hogar no eran mi fuerte. Podía con las cosas básicas como barrer y lavar platos, pero cocinar y planchar no entraban en mis habilidades.

—Estabas en casa de James, ¿cierto?

Chasqué los dedos, señalándola con torpeza.

—Correcto, de ahí vengo.

Lia volvió a entrecerrar los ojos con desconfianza.

—¿Él... te hizo algo?

—¿Que si me hizo...? —Abrí mucho los ojos y me eché hacia atrás en la silla—. ¡¿Qué?!

¿Acaso crees que él podría haberse propasado conmigo?

—Oh, Dios, no. ¿Qué estás pensando? No, no. James Wolf puede ser insoportable en muchas maneras, pero nunca creería que haría algo tan sucio como eso. —Sacudió la cabeza—. Es un idiota, pero no de ese tipo. Pensé que quizá te habría fastidiado o dado mierda para hacerte renunciar.

Dejé caer los hombros y negué con la cabeza.

—La que lo fastidió fui yo.

—¿Qué? ¿Por qué?

Hice una mueca.

—Perdí su camisa en el metro y le quemé otra con la plancha sin querer.

—¡Oh, no lo hiciste! —se carcajeó.

—Sí. Lo hice. Dos *strikes* en un día. Qué récord, ¿no?

Ella me dio una sonrisa amistosa.

—No está tan mal. Los equipos de béisbol reciben bastantes más *strikes* que esos a lo largo de cada juego y viven con ello, así que tú puedes vivir con los dos tuyos —dijo guiñándome un ojo.

A pesar de su apariencia algo intimidante, Lia era amable. Le sonreí de regreso.

—Entonces... ¿Michael te dio mi número? ¿Necesitas algo de mí?

—Oh, sí, eso. —La sonrisa en sus labios creció—. Resulta que le sobraban un par de invitaciones para ese restaurante nuevo que abre hoy y él me las dio. Sugirió que tal vez te gustaría ir conmigo.

—¿A mí?

—Si eres Emma Hayes, entonces sí. A ti. ¿Te gustaría acompañarme a cenar a Ciudad de Luceros?

—Umm... No lo sé. James estará ahí y...

—Y afortunadamente vivimos en un país libre, Emma. Tienes tanto derecho de ir como cualquiera. Además, me estarías haciendo un gran favor si dices que sí, porque yo sinceramente amo la comida gratis, pero no quiero ir sola. Y, antes de que lo preguntes, sí, sí tengo amigos pero todos están ocupados esta noche.

Lia me insistió con la mirada y yo suspiré. No iba a hacerme del rogar. También me gustaba la comida gratis y, si tenía suerte, habría demasiadas personas en ese evento como para que James siquiera me notara. ¿Por qué no hacerlo?

—Bien... de acuerdo. Obtengamos mucha de esa comida gratis... Pero creo que mi vestimenta no es apropiada —señalé con un ademán mi atuendo de *jeans*, blusa de botones y cárdigan celeste—. Luzco como si acabara de sobrevivir al más horrible segundo día de trabajo, lo cual es cierto, y tú como si estuvieras lista para desfilas en una pasarela. Tendría que ir a la residencia a cambiarme primero. ¿Nos dará tiempo?

Lia rio.

—Bueno, primero déjame decirte gracias por el halago. Y segundo: mi auto está aquí afuera, tú solo dame la dirección y yo conduciré. Llegaremos a ese restaurante justo a tiempo, ya verás.

Lia se quedó en el auto y yo subí corriendo a mi dormitorio a cambiarme de ropa. Aria no estaba allí, seguramente seguía con su novio.

Tomé una profunda respiración y puse manos a la obra. Revoloteé en mi armario hasta encontrar el único atuendo que creí que encajaba con el tipo de evento al que asistiría: un vestido negro a media pierna y de escote festoneado que dejaba los hombros al descubierto. Mamá me lo había comprado el año pasado y me había hecho traerlo conmigo a Nueva York porque decía que «nunca sabría cuándo me haría falta». Bueno, ella tenía razón. Ahora me hacía falta.

Me cambié los jeans, la blusa y el cárdigan por el vestido y me miré en el espejo de cuerpo completo que teníamos en la habitación. La tela se ajustaba a la parte superior de mi cuerpo y la falda caía con gracia por debajo de mis rodillas. Mamá lo había descrito como «clásico y elegante» cuando me lo regaló. La verdad era bastante lindo, me gustaba cómo se veía en mí, pero no había tenido muchas oportunidades para usarlo antes de hoy.

Me puse un collar de piedras que realzaba la sencillez del vestido (otra sugerencia y regalo de mi madre) y zapatillas negras no demasiado altas. Como no había tiempo suficiente para hacerme algo elaborado en el cabello, solo lo solté de la coleta y le puse algo de espuma para moldear las ondas. Me hice el maquillaje más decente que pude en tan poco tiempo, me rocié algo de perfume y encontré el pequeño bolso que combinaba con mi atuendo. Cuando estuve lista, veinte minutos después de haber llegado, bajé a encontrarme de nuevo con Lia. Ella me sonrió y señaló el asiento de copiloto, indicando que entrara.

—¿Ahora quién luce lista para desfilarse en una pasarela, Hayes? —dijo, encendiendo la marcha del auto.

—Tengo mis momentos... —bromeé, encogiéndome de hombros.

—¿Sabes?

—¿Um?

—Me agradas —dijo, mirándome por el espejo retrovisor, había una pequeña sonrisa en sus labios—. Así que voy a disculparme anticipadamente por los fallos que pueda tener como amiga, pero lo cierto es que no estoy acostumbrada a estas cosas.

Fruncí el ceño.

—¿A hacer amistades?

—Con mujeres —confesó, frunciendo la nariz sin apartar la vista de la calle—. Nunca se me ha dado muy bien hacer amigas. Pero no me malentiendas, no le echo la culpa de ese fracaso al género femenino en general, creo que más bien el problema han sido las chicas con las que intenté relacionarme y yo misma... —Me miró de reojo y se encogió de hombros—. Nuestras personalidades no encajaban, qué se yo.

—Así que tienes más amigos hombres.

—Carter Lee, Jackson Caldwell y Allen Gibson son los más cercanos —sonrió—. Pero, de nuevo, no creo que me lleve bien con ellos por el hecho de que sean hombres.

—Creo que lo entiendo —asentí—. Esas buenas amistades tienen más relación con la clase de personas que son ellos, ¿no?

—Sí, supongo. —Asintió también y respiró hondo—. ¿Qué hay de ti? Cuéntame de tus amigos.

Sonreí.

—Bueno, Kate es mi mejor amiga. Ella está estudiando en Austin, Texas. Solíamos hacer todo juntas cuando vivíamos en Albuquerque, pero últimamente... —mi voz se fue apagando poco a poco mientras un nudo se instalaba en mi garganta.

—¿Todo bien? —Lia me miró cuando nos detuvimos en el semáforo.

Sacudí la cabeza.

—Solo... me preocupa un poco. Ella ha dejado de responder mis mensajes y llamadas... no lo sé. —Me encogí de hombros—. Es raro. Tampoco la vi en las vacaciones, no fue a casa. Sus padres dijeron que puso como excusa algún curso de verano que quería tomar para adelantar materias, pero ella siempre ha odiado tomar clases en verano.

—Um... Esperemos esté todo bien con ella.

—Ojalá... —suspíré y arrugué la nariz—. En fin, también está Aria, mi compañera de dormitorio. No es como que seamos grandes amigas, pero creo que puedo confiar en ella. Y Ansel, él está completamente loco, pero es un buen tipo. A los dos los conocí cuando llegué a la ciudad.

—¿Sí? ¿Hace cuánto fue eso?

Seguí respondiendo las preguntas que Lia tenía sobre mí y conociendo también cosas sobre su vida mientras llegábamos al restaurante. Me contó que tenía un hermano menor llamado Ashton y yo le dije que era hija única, me habló de sus padres y a cambio yo le conté de los míos.

Para cuando llegamos al restaurante, ya no se sentía como que fuéramos completas extrañas. Y eso era algo alucinante, dado que en más de una ocasión había visto fotos suyas en revistas o Internet, así que bien podía considerarla una celebridad a ella también. Se lo comenté y Lia se echó a reír diciendo que la única razón por la que aparecía en los medios de vez en cuando era porque la relacionaban con Carter Lee, uno de los compañeros de banda de James. La curiosidad me ganó y no pude evitar preguntarle si realmente no había nada entre ellos dos, a lo que ella aseguró que no eran más que rumores baratos que solo le habían acarreado problemas.

—¿Problemas en tu amistad con él?

—No —resopló mientras le entregaba las llaves de su auto al *valet parking*²—. Verás, estos chicos de BadBoy tienen unas fans que son un caso serio... ¿*Troublemakers*? Algunas de verdad que dan problemas.

Fruncí el entrecejo.

—¿A qué te refieres?

—Espera...

Lia entregó la invitación al anfitrión, él comprobó que todo estuviera en orden y nos dejó entrar al lugar. Enseguida un mesero se acercó a ofrecernos un cóctel de bienvenida que la pelinegra aceptó y yo rechacé. No me llevaba bien con el alcohol.

—Bonito lugar —murmuré, dando una mirada alrededor. El elegante restaurante estaba adornado con un sinfín de lucecitas que le daban un aspecto algo mágico. En mi rápido

² Aparcacoches.

recorrido visual pude comprobar que ni James ni nadie que yo conociera estaba allí. Perfecto.

—De acuerdo contigo —dijo Lia, bebiendo de su cóctel—. Aunque no me sorprende, es el nuevo juguete de Claude Bonham. El hombre está pudriéndose en dinero.

—Lo imagino —sonreí.

—En fin, ¿en qué estábamos?

—Me contabas de las fans de BadBoy —le recordé.

Ella entrecerró sus ojos hacia mí.

—No eres una de ellas, ¿verdad?

Me sonrojé.

—S-su música es buena... creo, pero n-no hago la cosa de ser fan.

—Bien por ti, Emma, no tienes que avergonzarte por no ser fan. —Me dio unas palmaditas en el brazo y sonrió—. Literal, hay unas cuantas que han perdido la cabeza por esos cinco.

Humedecí los labios.

—¿Así de mal?

—Ni te imaginas. Algunas se creen con derecho de amenazarme por esos rumores que me relacionan sentimentalmente con Carter. Es decir, no me importa si dicen basura sobre mí en los blogs y redes sociales, eso no me afecta, pero hay chicas que me han detenido en la calle para tratar de intimidarme con amenazas.

—¿Qué? ¿Hablas en serio?

—Muy en serio. Pero quita esa cara, no es como que les tenga miedo —rio—. Por Dios, estudié seis años en la misma escuela que la hermana perdida de Regina George, aprendí desde entonces a no permitir que nadie me pase encima. Las amenazas de un grupo de chicas inmaduras que creen que son dueñas de las vidas de sus ídolos no me asustan. Si me lanzan golpes, no dudo en regresarlos.

—Chica ruda —murmuré—. No sé si yo podría hacerlo.

—¿Nunca has estado en una pelea?

—No desde que nací. —Chasqueé la lengua y me encogí de hombros—. Soy del tipo pacifista... mayormente.

No iba a contar como pelea mi primer encuentro con James Wolf. De hecho, ese era un recuerdo que prefería olvidar. Además, yo solo le había dicho un par de cosas que él se merecía oír. ¿Tan difícil había sido preguntarme si me encontraba bien? Solo esa pregunta hubiese bastado para despedirnos tranquilamente ese día.

—Bueno, chica tipo pacifista, no es necesario que golpees a nadie, pero tristemente a veces sí que hace falta ser un poco rudos para evitar que se aprovechen de nosotros. No dudes en aplicar este consejo con James, porque él puede ser un hijo de puta insoportable si se lo propone.

—No te agrada nada, ¿verdad?

Lia esbozó una mueca.

—Claramente no somos buenos amigos... O amigos. —Resopló—. Mira, solo digamos que no lo odio, pero tampoco le tengo mucho afecto, ¿vale?

—Vale, lo capto —reí, abrazándome a mí misma.

—Y hablando del diablo... —murmuró, señalando detrás de mí con la mirada—. Parece que llegaron los invitados de honor de esta noche.

Me giré discretamente para ver lo mismo que ella y, en efecto, los miembros de BadBoy y su mánager acababan de bajar de una limusina. Tragué saliva con dificultad mientras contemplaba a los cinco atractivos hombres que ponían a gritar a millones de chicas alrededor del mundo, y me pregunté si todos ellos, detrás de esas perfectas sonrisas, serían tan desagradables como el que ya había conocido. Sería una pena que fuera así.

Capítulo 8

JAMES

No podía presumir de tener siempre la razón pero, por desgracia, esta vez la tenía. Tal como predije, esta estaba siendo una noche de mierda. Inconscientemente esboqué una mueca, y Mike me hizo una seña para recordarme que estaba frente a las cámaras. Y frente a las cámaras debía sonreír como un feliz idiota sin problemas, no fruncir el ceño como alguien que preferiría no estar en ese lugar, lo cual era verdad.

Me aclaré la garganta e hice lo que me correspondía, saludando al periodista que cubría el evento. Por suerte Claude Bonham tenía bien controlada la situación con los medios, no había un caos desordenado de gente lanzándonos mil preguntas al mismo tiempo y tomándonos fotos sin parar, y tampoco estaban las fanáticas apiñándose a los alrededores, gritando y empujándose para llegar más cerca de nosotros. Por ese lado tenía que reconocer que el hombre había hecho un buen trabajo.

Cuando las preguntas terminaron y nos despedimos de la prensa, Mike nos dirigió al lugar que nos correspondía entre los invitados. Nos detuvimos cerca de la entrada principal, donde se había colocado el enorme listón que debíamos cortar. Honestamente, yo solo deseaba que todo el protocolo terminara ya para poder entrar al maldito restaurante, quedarme el tiempo necesario para no parecer maleducado y luego ir a casa.

Pellizqué el puente de mi nariz con disimulo cuando Claude apareció con su familia y comenzó a dar un aburrido discurso sobre el sueño que representaba para él este restaurante.

Joder. Ver a Ava y Sadie Bonham a su lado me recordó que Kaylee Johnson también se encontraba cerca, y un encuentro con Kaylee era lo menos que necesitaba en estos momentos. En realidad, ningún momento era bueno para encontrarme con ella. Estaba loca, me llamaba «bebé» y me perseguía diciendo mierdas sobre ser mi futura esposa. Al principio era gracioso, pero luego se volvió exasperante.

El protocolo de inauguración fue conciso y eso sin duda me reconfortó un poco. A las ocho

y media ya habíamos cortado el listón, tomado las fotos del recuerdo y se nos había invitado a pasar a probar las delicias preparadas por el renombrado chef que Bonham había contratado.

—¿Qué mierda ocurre con tu cara? —dijo Logan, llamando mi atención.

Él estaba mirándome con el ceño fruncido. Los dos, junto con Blake y Mike, estábamos sentados a una mesa y nos acababan de llevar la carta. Eric y Carter, por otro lado, habían dicho que querían comer en la segunda planta, así que era allí donde se encontraban.

—Es raro que las Johnson no hayan aparecido todavía —respondí, mordiendo mi labio inferior. Eso me preocupaba. Esperaba que Kaylee no fuera a aparecerse con alguna locura como traer un juez y venir vestida de novia. Nunca había llegado tan lejos pero, infiernos, podía ser capaz.

—Mierda, las Johnson... Haley —Logan se mordió los labios.

—Logan —dijo Mike en tono de advertencia, con ojos entornados—. Mucho cuidado, idiota.

—Seamos sinceros —replicó el rubio, chasqueando la lengua y echándose para atrás en su silla—, si no fuera porque es sobrina de Daniel y él la añadió a la lista de las intocables, y amenazó con colgar de las bolas al que se atreviera a lastimarla, no creo que me hubiese quedado solo a apreciarla de lejos durante todos estos años. Ella y Kaylee están buenas. Muy buenas.

Logan tenía un punto ahí, las sobrinas de Daniel eran realmente guapas. Pero ni porque fuera la mujer más bella sobre la tierra me enredaría con Kaylee Johnson. No estaba tan loco.

Logan le decía algo a Blake sobre el mismo tema y yo dejé de prestar atención a la conversación entre ambos cuando capté, subiendo las escaleras rumbo al segundo piso, a Lia y a la que estaba muy seguro de que era Emma Hayes, mi actual asistente. Pero no era la Emma de vaqueros, tenis y cárdigan celeste que recordaba haber visto más temprano en mi apartamento.

—Vaya... —dijo Logan—. ¿Quién es esa que está con nuestra Grinch?

Fruncí el ceño.

—Mi nueva asistente —respondí, observando cómo ellas se perdían escaleras arriba; los ojos color esmeralda de Logan también siguieron a las chicas—. No sé qué mierda hace aquí.

No era que ella no pudiera visitar un sitio como este, pero tenía entendido que la noche de hoy solo se podía acceder con invitación y conseguir una no debía ser cosa fácil. Mike echó un vistazo al camino que las chicas habían tomado y le dio un trago a su copa.

—Claude me dio una invitación extra y yo se la di a Lia para que viniera con Emma —explicó.

Entorné los ojos y lo estudié con detenimiento.

—Pero ellas ni siquiera se conocen —señalé—. Emma recién empezó a trabajar ayer.

Mike asintió, haciendo florituras en el aire con la mano con la que sostenía su copa.

—Por eso mismo. ¿Qué mejor que ella se sienta bien recibida en un cálido ambiente laboral? Es bueno que se amigue con Lia. Sí, ellas deben ser amigas. Quiero que Emma esté tan cómoda y feliz en este trabajo como sea posible... Espero que tú la estés tratando bien. —Me dio una mirada de advertencia, por lo que enarqué una ceja—. Y, además, es

bueno para Lia. Ella se la pasa siempre con Carter, Allen o Jackson, le viene bien hacer más amigas como Emma.

Estudié a Michael con la mirada, pensativo, hasta incomodarle. ¿Por qué tanto interés en Emma? Lo de Lia podía entenderlo, ella era hija de uno de sus mejores amigos, o algo parecido, pero lo de mi asistente era un caso aparte.

Logan sacudió la mano frente a mi cara, llamando mi atención. Fruncí el ceño y le indiqué que hablara con un movimiento de cabeza.

—¿Entonces esa era tu nueva asistente?

—Lo es —afirmé, dándole una mirada cautelosa.

—Pues ellas dos lucen jodidamente bien esta noche, ¿eh? —comentó Blake de forma apreciativa con una media sonrisa, pasando una mano por su oscura cabellera. A pesar del tiempo que llevaba viviendo en Nueva York, su acento canadiense todavía podía percibirse.

—Pues no me sorprende que la Grinch esté buena —declaró Logan con una pequeña sonrisa de suficiencia—. Yo les dije que lo estaba desde que la vi la primera vez. Tiene, ya sabes, esos requisitos básicos...

—Oh, Dios. No lo soporto más. —Mike se puso en pie—. Iré a saludar a Claude hasta que ustedes puedan cambiar de tema.

—Mike eres un jodido aguafiestas —se rio Logan.

—Vete a la mierda —gesticuló Mike sin palabras, poniendo los ojos en blanco mientras se alejaba de nuestra mesa.

—Aguafiestas —repitió Logan, riendo y negando con la cabeza—. Volviendo al tema —dijo tras aclararse la garganta—. La Grinch está caliente y eso no es novedad. Ahora, esa chica nueva tuya, James, ¿cuál es su nombre?

—Emma —respondí—. Y ella no es mía.

—Ah, pues eso es bueno saberlo. —Logan esbozó una sonrisa que me hizo rodar los ojos y le arrancó una carcajada a Blake—. Me la pido, entonces.

—No. Y no estamos hablando de algún trozo de carne que puedas pedir, imbécil.

—Vamos, joder, sabes de lo que hablo, James.

—He dicho que no.

—Eh, detengan eso —intervino Blake—. James, si pretendes ir por ella es mejor que hables claro.

—No estoy yendo por ella —gruñí.

—Entonces no hay problema, yo lo haré —prometió Logan.

—Emma no va a durar mucho tiempo alrededor —mascullé con una mueca—. No la quiero cerca. Así que mejor búscate a otra chica, porque no pienso permitir que te enredes con ella y arruines mis planes de enviarla lejos sin meternos en problemas.

Tenía un plan. Era algo arriesgado, pero esperaba que funcionara.

—Tú no te preocupes por ello —respondió Logan—. Si ella acepta, puedo obtener algo rápido y sin complicaciones futuras. Incluso esta misma noche. No interferirá con tus planes.

—Logan... —rezongué con la mandíbula tensándose.

—¡Ah, aquí! —se burló él, aplaudiendo—. ¿Ves eso, Blake? El hombre está dejando salir al lobo solo por esto. ¿Seguro que no estás yendo tras la chica, Wolfie?

—Muy seguro —le di una seria mirada y él puso los ojos en blanco.

S S S

Después de ver pasar a Ava y Sadie, y de que Mila Ashword viniera hasta nuestra mesa a buscar a Blake para ir por un trago, yo sabía que era momento de alejarme. Kaylee no demoraría en aparecer también y yo no quería verla si podía evitarlo.

—Necesito un cigarro —declaré, poniéndome de pie con intención de ir al área de fumadores en la segunda planta.

Mike me dio una mirada y un asentimiento, parecía muy ocupado moviendo los dedos sobre su teléfono. Logan, por otro lado, se levantó detrás de mí.

—Te acompaño por el cigarro —dijo, palmeándome la espalda.

Yo ni siquiera había traído una cajetilla, solo había dicho lo del cigarro como una excusa para ir arriba a evitar a Kaylee hasta que Michael dijera que por fin podíamos irnos. Porque sí, estaba atorado con ellos en la limusina, Mike dejó en claro que nos marcharíamos todos al mismo tiempo.

Metí las manos en los bolsillos de mi pantalón y solté un suspiro mientras subía las escaleras en silencio con Logan a mi lado.

—¿Vas a presentármela ahora? —susurró, sujetando mi brazo para detenerme cuando llegamos a la cúspide de las escaleras.

—¿Eh? —fruncí el ceño.

Seguí la dirección de su mirada, y una mueca apareció en mis labios. Casi había olvidado que ellas estaban aquí. Emma le sonreía a Lia mientras conversaban sobre algo. Ella lucía un poco diferente con el maquillaje, se veía más... atractiva. Cerré los ojos y suspiré.

No de nuevo, joder.

Si tenía que admitirlo para mí mismo, Emma lucía muy bien. Antes dije que ella era bonita en lo común, que no era la clase de chica que hacía girar las cabezas de los hombres en una habitación, y no mentí, pero ciertamente cuando estaba arreglada de esa manera resultaba mucho más llamativa.

Sacudí la cabeza y miré a Logan.

—Si realmente quieres conocerla ve y preséntate tú mismo. No estoy de humor para hablar con ella después de que quemara una de mis camisas.

Hice un pequeño asentimiento hacia Carter, que levantó la mano a modo de saludo desde la mesa donde se encontraba sentado con Eric y, cómo no, con Ava y Sadie.

—¿Ella quemó tu camisa? —preguntó Logan, que no se percató de nuestros amigos.

—Jodidamente sí.

—¿Por qué mierda planchaba tu ropa?

—Te dije que no te metieras en mis asuntos —fue toda mi respuesta—. Ahora solo no lo arruines, ¿quieres? Si vas a meterte en sus bragas... al menos asegúrate de que eso no se convierta en un problema.

Logan sonrió y esa sonrisa suya me recordó a la del gato Cheshire.

—¿Seguro que no estás interesado en ella, Wolfie?

—Jódete —le enseñé el dedo corazón—. Ya te dije que hagas lo que quieras pero sin arruinarlo.

Él rio y yo retomé mi camino hacia el área de fumadores, pasando cerca de la mesa donde Emma y Lia estaban sentadas.

—¿Es mi noche de suerte, señoritas? —oí que Logan les decía mientras yo me apresuraba al exterior.

Me apoyé en silencio contra la baranda de madera cubierta de vegetación y pequeñas luces blancas. Cerré los ojos e intenté despejar mi mente de todo pensamiento. No pensar en nada ni en nadie. Eso me gustaba. A veces deseaba poder poner pausa por tiempo indeterminado en mi cerebro para dejar de pensar... sería más pacífico de esa manera.

Estuve solo unos pocos minutos en silencio antes de que Logan me interrumpiera.

—¿Dándote el viaje?

Rodé los ojos.

—¿Qué pasó? —pregunté, notando que Emma y Lia se marchaban de su mesa.

Él esbozó una pequeña mueca.

—Pensé que tal vez un cabrón como tú querría algo de compañía. —Se encogió de hombros—. ¿Y dónde mierda están los cigarrillos?

—No tengo. —Me encogí de hombros también—. ¿Ellas se fueron?

—Ajá.

—Al parecer tus planes no salieron tan bien, ¿eh? —Sonreí y él me enseñó el dedo medio mientras sonreía—. ¿Te rechazó? —insistí.

La idea me pareció divertida. Realmente no había muchas chicas que le dijeran que no a Logan, creo que podía contarlas con los dedos de una mano. Logan el playboy siendo rechazado era algo digno de ver.

—Solo estoy muy cansado esta noche —se excusó mientras enterraba sus dedos en su cabellera rubia para darse un masaje—. Quiero ir a casa y dormir.

¿Dormir? Yo no le creía esa mierda. Estaba a punto de molestarlo al respecto cuando cosas malas pasaron.

—¡Pero si son mis chicos favoritos los que están aquí! —Kaylee nos dio su sonrisa coqueta y su mirada provocativa recorrió mi cuerpo lentamente; Haley, su hermana, parecía un poco incómoda detrás de ella—. ¿Cómo están?

Kaylee se acercó y yo puse los ojos en blanco. No me sentía con ganas de soportar su coquetería descarada ahora mismo, había tenido demasiado de ella durante años. ¿Algún día iba a rendirse?

Los ojos azul verdosos de Kaylee me miraron fijamente mientras ella se apartaba con un elegante movimiento la larga cabellera negra hacia su espalda, eliminando toda barrera que cubriera la forma en la que sus pechos lucían favorecidos con el escote de su vestido. Aunque ella fuera una chiflada con la que yo no quería estar ni de broma, eso no me impedía reconocer que tenía sus atributos.

—Pero si son las ardientes sobrinas de Daniel Johnson —respondió Logan, siguiéndole la corriente—. Tan hermosas como de costumbre. —Él le dio un guiño a Haley, quien lo miró con ojos muy abiertos antes de fruncir el ceño y apartar la mirada, enrojeciendo.

Rodé los ojos.

—Es hora de irme —anuncié.

Kaylee esbozó una sonrisa tensa.

—James, acabamos de llegar, ¿cómo vas a irte? Eso sería de muy mala educación y...

—Y no sabes cuán poco me interesa, Kaylee. —Fingí una sonrisa—. Espero que disfruten de la noche.

—James... —insistió ella—. Por favor, solo queríamos tomar una copa con ustedes, es todo.

—Gracias, pero no, gracias.

Aparté a Kaylee de mi camino para irme. Ella chilló que esperara, taconeando como toda una niña berrinchuda. La ignoré.

—Hey, hey... ¿corriendo detrás de tu hermana otra vez, Carita de Pajarito? —oí decir a Logan.

Cuando miré sobre mi hombro hacia atrás, lo vi sosteniendo a Haley por la cintura mientras la besaba. Negué con la cabeza y continué mi camino.

Estaba terminando de bajar las escaleras cuando Logan me alcanzó. Saber que no estaba dejando de lado la advertencia de Daniel sobre sus sobrinas me tranquilizó.

—Necesito jodidamente mucho un buen polvo ahora mismo —declaró, frustrado.

—¿Qué te detuvo de continuar allí arriba con Haley? —dije para cabrearlo. Él seguro iba a comenzar a decir lo mucho que odiaba a Daniel por limitarlo con ella.

—Joder, James, ella besa tan malditamente bien. No sé en qué diablos estaba pensando hace un instante cuando la besé, pero sé que no pude resistir la tentación de probar esa boquita de cereza. —Se mordió el labio inferior, frustrado, y negó con la cabeza—. Pensar en qué tan buena podría ser en otras cosas no es bueno para mí. Maldito Daniel Johnson. Es un cabrón, sí lo es, pero tiene razón. No puedo meterme con Haley. Si un hombre planea descubrir todas las cosas en las que ella puede ser buena, ese hombre debe ser uno que vaya a quedarse, uno que pueda darle más que solo un momento de su tiempo.

—Tú podrías ser ese hombre, mi amigo. Solo deja de ser un puto y comienza a salir con ella.

—Sí... no, eso no va a pasar. —Sonrí y palmeó mi espalda—. Mejor iré por un trago.

Bajó el resto de las escaleras de dos en dos y lo vi dirigirse a la barra del bar, donde Blake se encontraba compartiendo una copa con Mila Ashword.

Cuando bajé el último escalón, me detuve y traté de encontrar a Michael con la mirada. Él ya no estaba en nuestra mesa.

—James, cariño. —Me tensé al sentir a Kaylee detrás de mí, enredando sus manos en mi cuello—. Volvamos allí arriba, ¿vale? —ronroneó—. Vamos a pasarla bien.

Qué lista. Sabía que no iba a causar un escándalo porque estábamos en un lugar público y se estaba aprovechando. Me giré lentamente hacia ella, el movimiento provocó que me sonriera. Y su sonrisa se amplió cuando me incliné para estar más cerca, hasta que mi nariz casi tocó la suya.

—Kay, cariño, puedes irte a la mierda —murmuré con una mala imitación del tono que ella había usado antes. La sonrisa inmediatamente se borró de su rostro, que se contrajo con una mueca de furia.

Retiré sus manos de mí sin que ella protestara (seguro estaba demasiado cabreada como

para hacerlo) y me largué en busca de Mike.

Capítulo 9

E M M A

Además de avivar el desagrado de James hacia mí y hacer amistad con Lia, pasaron otras dos cosas memorables en mi segundo día trabajando como la asistente del hombre de mirada glacial.

Primero, Lia me presentó a Eric Sanders y Carter Lee. Bendito sea el cielo, Eric y Carter

estaban muy lejos de parecerse a James. Solo hablé con ellos por menos de cinco minutos, pero eso bastó para darme cuenta de que no eran unos idiotas y mi fe en las celebridades se restauró un cinco por ciento.

Y después, conocí también a Logan Price y, por alguna extraordinaria razón, él me dio un apodo como si fuéramos amigos de toda la vida. Logan era divertido, demasiado coqueto y descarado, pero tampoco parecía mala persona. En cierto modo me recordaba a Ansel.

Tres miembros de BadBoy en una noche, vaya. Ya se estaba llenando mi cuota del número de estrellas que podía conocer en persona antes de morir. ¿Con cuántas más me toparía? No estaba segura de que eso fuera algo a lo que me iba a acostumbrar, para ser honesta.

Recogí mis libros y salí a toda prisa del aula cuando mi última clase del jueves finalizó. De manera oficial llevaba una semana de asistente de James Wolf y el asunto no se había vuelto mágicamente sencillo. Tampoco el tiempo parecía ir más deprisa, por desgracia.

Comprobé la hora en mi celular mientras avanzaba por el pasillo, sorteando a los estudiantes con los que me topaba. Debía dejar mis cosas en la residencia y luego tomar el metro para ir a Beat Entertainment. Otro dulce día de trabajo con James, sí señor. Rodé los ojos ante mi propio pensamiento sarcástico y solté un resoplido.

—¡Hayes, espera! —me detuve cuando escuché mi apellido y volteé a ver quién me llamaba. Era la profesora Green. La mujer, flaca hasta el hueso, pero sin un pelo de frágil, avanzó los pasos que nos separaban. Me sonrió cuando estuvo a mi lado.

—Profesora Green... —asentí con la cabeza.

—Te tengo buenas noticias, Emma.

—¿De verdad?

En otro momento me habría entusiasmado por esas palabras. La profesora y yo habíamos estado hablando el semestre anterior sobre mis intenciones de obtener un trabajo de medio tiempo en el que pudiera adquirir experiencia de campo y había prometido ayudarme a conseguir uno.

La profesora Green continuó sonriendo, mostrando todos sus dientes.

—En efecto —dijo entusiasmada—. Un buen amigo mío, que trabaja en una escuela primaria, me comentó que tiene varios casos preocupantes con los niños de este año. Dijo también que podría ocupar la ayuda de una becaria... ¿Sabes lo que eso significa?

Solo por un segundo me permití emocionarme ante la posibilidad de tomar esa oportunidad. Solo un segundo, porque luego recordé mi realidad y la sonrisa que estaba formándose en mis labios se desvaneció.

—De verdad le agradezco la oportunidad, profesora, pero me temo que no podré aceptarla. Su sonrisa también se esfumó.

—¿Cuál es el motivo? —preguntó, frunciendo el entrecejo.

Suspiré.

—Lo lamento de verdad, pero ya acepté un trabajo hace poco y no puedo dejar el compromiso por ahora.

Aunque quería dejarlo, para ser honesta.

Ella humedeció los labios y asintió.

—Está bien, Emma. Lo entiendo, en serio. Estoy feliz por ti. Dime, ¿es lo que estabas

buscando? Recuerdo bien que quieres enfocar tu trabajo en los niños, por eso pensé que ser becaria de este amigo del que te hablé sería un buen comienzo para ti. Pero si has encontrado algo igual o mejor, me parece perfecto.

—Sí... no, no con exactitud —confesé, llevando una mano a mi cabeza—. Pero está bien. Estoy haciendo lo correcto. Más adelante estaré libre y quizá su amigo todavía necesite una ayudante para entonces.

La profesora palmeó mi brazo, asintiendo con desanimo.

—Estoy segura de que sí.

Asentí también.

—En fin... Me tengo que ir ya, disculpe.

—Adelante.

Tragándome la decepción que me provocó el tener que dejar ir una oportunidad que realmente deseaba tomar, me marché rumbo a la residencia a dejar mis cosas antes de ir a encontrarme con James.

S S S

Los viernes, la tortura conocida como trabajo comenzaba más temprano. Antes del mediodía me encontraba ingresando al ascensor de la empresa junto a James Wolf, que tenía programado un ensayo con el resto de la banda.

Era incómodo estar a solas con él en un lugar tan pequeño.

Continuaba cambiando mi peso de una pierna a otra y chasqueando los dedos, tratando de no dejar que me afectara. ¿Por qué esta chatarra de caja de metal parecía ir más lento a propósito?

Él se sacó el teléfono del bolsillo y se lo llevó a la oreja para hacer una llamada. Vi su reflejo en el pulido metal, estaba sonriendo. Extraño. Las sonrisas no eran muy frecuentes en James.

—Chanel Marriot, siempre es bueno oír tu voz —dijo con demasiado entusiasmo, tanto que parecía irreal—. Sí, soy yo. —Guardó silencio—. Lo sé, lo sé. He estado algo ocupado... ¿A cenar? Espera un momento... —Se giró para verme y yo me tensé, conteniendo el aliento.

¿Qué? ¿Iba a enojarse porque escuchara su conversación? No era como que pudiera volverme sorda por arte de magia o irme, estábamos en un ascensor en movimiento.

—Eh...

Sus ojos azules se entrecerraron.

—¿Tengo algún compromiso mañana por la noche? —preguntó, apartando el teléfono de su boca para dirigirse a mí.

Parpadeé y me apresuré a revisar la agenda electrónica. El sábado estaba vacío.

—Nada.

—Perfecto —respondió secamente antes de darme la espalda para continuar con su llamada—. ¿Chanel? Sí, sí. Estoy libre mañana... A los ocho, genial. ¿En Bamonte's te parece bien? Sí, yo me encargo de la reservación.

Mordí mi labio inferior y agradecí con un suspiro cuando las puertas del elevador se abrieron. Quería salir tan rápido como fuera posible, pero él me bloqueó el paso.

—Ejem... esta es nuestra parada.

James me miró por encima del hombro.

—Llama a Bamonte's y haz una reservación para dos personas, para mañana a las ocho de la noche —indicó antes de empezar a caminar.

Salí detrás de él respondiendo con un silencioso asentimiento.

James Wolf en una cita, vaya. Al parecer sí existía una chica que lo soportaba, y yo creía saber de quién se trataba. ¿Cuántas Chanel Marriot podían haber en el mundo? La única que se me venía a la mente era la misma Chanel que era parte de Queen's Army, ese grupo de chicas al que Beat Entertainment también representaba. Tal vez los rumores sobre ellos dos no eran tan descabellados, después de todo.

S S S

—¿Vas a ver a tus niños? —me preguntó Aria, que acababa de salir de ducharse. Yo estaba terminando de aplicar una ligera capa de rímel a mis pestañas, me volví hacia ella y negué con la cabeza.

—Saldré con unos amigos.

Bueno, en realidad iba a salir con Lia y sus amigos, Jackson y Allen. Los dos trabajaban en Beat, pero hasta ahora no los había conocido en persona. Lia me invitó a un lugar llamado Le Chat Noir, donde uno de ellos, no podía recordar cuál, se presentaba con su banda sin nombre.

—Ah, eso es genial —dijo, poniéndose una blusa—. ¿Con el atractivo chico con el que te he visto a veces por la universidad?

—¿Ansel? —Ella asintió y yo volví a negar con la cabeza—. No, a él no lo he visto últimamente. ¿Tú saldrás con Dominic? —pregunté enseguida, para cambiar de tema.

Aria se metió dentro de los vaqueros y comenzó a saltar en ellos para deslizarlos por sus piernas.

—Voy a... un refugio de... animales —suspiró, logrando abrocharse los pantalones—. Es cosa de una de mis clases, ya sabes. Pero tal vez después de allí me quede a dormir con Dom.

Reí y negué con la cabeza.

—¿Por qué eso no me sorprende? —dije mientras terminaba de arreglarme frente al espejo, Aria rio también.

—¿Porque paso más tiempo allí que aquí? Lo sé, soy la peor compañera de dormitorio del mundo.

—No, no lo eres. —La miré a través del espejo y le sonreí—. No creo que pudiera tocarme una mejor compañera.

—Cierto. —Me señaló y guiñó un ojo—. Te agrado porque no soy una alborotadora molesta como esa chica del piso de abajo. ¿Cuántas veces le han cambiado de compañera ya?

—Seis, tal parece...

—No dudo de que la echen pronto.

—No lo negaré, esa chica sí que está loca —reí—. Gracias al cielo que te tengo a ti.

—También me alegra tenerte. Pero, siendo honesta —dijo mientras secaba su cabello con la toalla—, sí que he pensado en mudarme con Dom. Quiero decir, eso no sería malo,

¿verdad? Ya tenemos un buen tiempo saliendo y paso mucho tiempo allí, pero...

—¿Te preocupa la opinión de tus padres o algo?

Aria frunció la nariz.

—No. Es solo que... Dom no quiere. Creo que no se siente listo para ese paso todavía.

—Ah, entiendo... Um... tal vez más adelante, Aria.

—Sí, seguro —murmuró no muy convencida. Me dio la impresión de que ya no tenía ganas de hablar del asunto. Respeté su decisión y no traté de indagar más.

Terminé de arreglarme en unos cuantos minutos, recogí mis cosas y, antes de que se hiciera más tarde, me despedí de la rubia.

Estaba de camino a la estación del metro cuando el teléfono comenzó a sonar. Primero creí que era Lia la que me llamaba, pero no se trataba de ella. Era un número desconocido. Frunciendo el ceño, atendí.

—¿Hola?

—¿Emma Hayes?

Mi ceño se frunció todavía más.

—¿Quién habla?

—Eres la nueva asistente de James Wolf, ¿verdad?

—¿Quién habla? —repetí con firmeza, deteniéndome.

Yo no había contado a nadie de mi nuevo trabajo ni planeaba hacerlo. Cuando el año terminara, haría como si nunca hubiese ocurrido. Como si jamás en la vida me hubiese enterado de la existencia de James Wolf, siquiera. Entonces, ¿cómo esta persona sabía sobre mí?

—Soy alguien que puede ayudarte si tú le ayudas.

—Yo no he pedido su ayuda.

—¡Oh, vamos, chica! Sé que eres inteligente, esto nos conviene a ambos.

Apreté los labios en una mueca.

—¿Qué es lo que quiere?

—Información. Llevas una semana trabajando para él, seguro que tienes algo que pueda servir.

—No sé de lo que habla —respondí, fastidiada.

—Claro que lo sabes. ¿Sale con alguien? ¿Cuáles son sus manías? ¿Has conocido a su familia? Cualquier cosa servirá. Podemos vernos ahora para hablarlo en persona. Podrías convertirte en una buena fuente anónima para mí y ganar un excelente dinero extra... ¿Qué opinas?

—Opino que lo que usted propone es demasiado bajo como para siquiera considerarlo. Y, para su información, le han pasado mal el dato. Yo no trabajo para ningún James Wolf, así que deje de molestar y no me llame de nuevo.

Corté la llamada sin esperar una respuesta y observé mi teléfono con frustración. ¿De verdad esto acababa de pasar? ¿Cómo rayos alguien se había enterado de mí? ¿Y cómo había conseguido mi número esa persona? Mi corazón latía acelerado dentro del pecho. ¡Qué locura! Daba miedo darse cuenta de hasta qué punto podían llegar algunos con tal de

conseguir información para vender de algún famoso. Tal vez debería considerar cambiar mi número si volvían a llamar con una oferta sucia como esa. De cualquier manera, no es que representaran una tentación para mí.

Yo no era ese tipo de persona. James podía disfrutar tranquilamente de su vida y de su cita con Chanel esta noche en el Bamonte's. No importaba cuán desagradable era él, yo no iba a vender su intimidad por unas cuantas monedas.

S S S

Cuando llegué a Le Chat Noir encontré a Lia sentada con un chico alto de pelo castaño claro, lentes y sudadera negra. Ambos reían y, cuando ella me vio, levantó la mano, haciendo señas para que me acercara.

—¡Hey! —celebró mi llegada sacudiendo las manos y sonriendo—. Jackson, finalmente tienes el honor de conocer a Emma. Emma, este chico bonito de aquí es Jackson Caldwell.

—Analista de mercado en Beat Entertainment, apasionado jugador de videojuegos y fiel creyente de nuestro señor Batman, un placer conocerte —indicó Jackson, estrechándome la mano con una amplia sonrisa.

Reí.

—Gusto en conocerte, Jackson.

—¿Te consigo una bebida? Pide lo que quieras, lo traeré para ti.

—Eh... bueno, vale. Un capuchino estaría bien, por favor.

—A su servicio, señorita —hizo una graciosa reverencia y se marchó a buscar mi capuchino.

—Él es agradable —dije, señalándolo con la mirada.

—Ah, cuidado, puede ser todo un dolor en el culo cuando lo conoces mejor... pero aun así se hace querer, lo admito.

Reí y observé alrededor.

—Y este es un bonito lugar, gracias por invitarme.

—Me alegra que vinieras —sonrió—. Allen y sus amigos se están preparando para tocar, cuando terminen allí te lo presentaré también —dijo, apuntando con su bebida en la mano hacia el chico de pelo negro y chaqueta de mezclilla que estaba conectando cables en el escenario—. Él no es tan efusivo como Jackson... en realidad Allen puede ser un poco cortante y serio, pero no te lo tomes personal. Es solo su forma de ser.

—Anotado —murmuré, observando con curiosidad al mencionado.

—¡Un capuchino para la señorita! —dijo poco después Jackson, regresando a la mesa con mi bebida. Le sonreí y agradecí, y luego conversamos un rato, hasta que la banda de Allen comenzó a tocar, acaparando toda nuestra atención. Ellos eran buenos incluso si no tenían un nombre ni intenciones de convertir su banda en algo más que un pasatiempo, como amablemente se encargaron de contarme Lia y Jackson durante la presentación.

Jackson era bastante divertido. La verdad, la pasé bien con él, Lia y, más tarde, incluso con el serio Allen a quien Jackson se encargó de llamar «Limoncito» cuando me lo presentó. A pesar de su seriedad un poco amenazadora, Allen me agradó también.

Lo pasé genial con los tres y se me ocurrió entonces que ese trabajo que había conseguido sin querer no estaba trayendo a mi vida solo cosas malas.

Capítulo 10

JAMES

Ella no cayó.

Le di mi número telefónico, la dejé entrar a mi propia casa e incluso programé una cita con Chanel Marriot delante de ella... Sí, le di a propósito toda esa información privada y material para un buen escándalo que podía vender a los medios, pero Emma no hizo nada con ello.

Incluso mandé que alguien le llamara, ofreciéndole dinero a cambio de darle información sobre mí. Que Emma lo hubiese hecho le habría probado a Daniel que ella no era en lo absoluto la indicada para trabajar como mi asistente, pero eso no ocurrió. Emma Hayes cerró mi boca sin siquiera saber que lo hacía. Mandó muy sutilmente a la mierda al «tipo de la prensa» que le habló e incluso negó estar trabajando conmigo para que no le volvieran a llamar.

Joder. Para ser honesto, no sabía cómo sentirme al respecto. Aunque sí admitiría, por mucho que me pesara, que ella se había ganado algo de mi respeto.

Me hallaba en un restaurante cerca de Tribeca, acababa de terminar una reunión con una reportera que había insistido incansablemente hasta conseguir una entrevista conmigo. Accedí a verla solo porque Mike dijo que si respondía algunas cuantas de sus preguntas ella se quedaría tranquila y dejaría de fastidiar. Bueno, eso no iba a pasar, puesto que la entrevista terminó y yo no le di la información que ella buscaba. Su interés no era otro que saber de mi vida privada, y yo le dejé muy en claro que no obtendría respuestas al respecto. Noventa minutos jodidamente desperdiciados en los que preguntas sobre la música de BadBoy fueron las que menos figuraron.

Me detuve cerca de la mesa donde Emma se encontraba con la nariz metida en un libro, absorta por la lectura, y un pastel de chocolate a medio comer frente a ella. La contemplé por un momento. Llevaba el cabello castaño recogido en una cola alta, escaso maquillaje y vestía pantalones vaqueros, tenis de lona, una camisa negra con blanca a cuadros y por encima un cárdigan gris oscuro. Los cárdigan nunca faltaban, ella siempre llevaba uno.

Hice una mueca y me acerqué otro poco. Noté que el libro que leía era *El niño con el pijama de rayas*, de John Boyne. Sabía que existía una película basada en ese libro, y tenía una idea muy general de la trama, pero debía admitir que no lo había leído. En general me inclinaba más por los clásicos; sin embargo, el verla tan enfrascada en la lectura me hizo sentir curiosidad.

Emma notó mi presencia solo tras carraspear la garganta por tercera vez. Cuando levantó la mirada hacia mí, tenía los ojos vidriosos. Parpadeó, sobrecogida, y agachó la cabeza

mientras fruncía el ceño.

—¿Terminaste? —me preguntó, su voz sonaba extraña.

—Hace unos minutos —asentí, observándola cerrar el libro rápidamente para luego meterlo en su mochila y ponerse de pie.

Se colgó la mochila a los hombros y, tras pasarse una mano por la cara, como si eso le ayudara de alguna forma a borrar de su expresión los efectos de la lectura, volvió a mirarme.

—¿Nos vamos?

Ladeé el rostro y señalé la rebanada de pastel que seguía sobre la mesa.

—¿Qué hay con eso?

Miró lo que yo señalaba.

—Ah, ya lo pagué —aseguró.

—¿Y lo dejarás allí?

Esbozó una mueca de desagrado.

—Fueron un par de dólares mal invertidos. La persona que horneó ese pastel de chocolate defraudó a todos los pasteles de chocolate decentes del mundo. Me decepcionó. Juro que comí tanto como pude, pero mi estómago terminó doliendo así que... —Se encogió de hombros y mordió su labio inferior—. Estoy hablando de más, ¿verdad? Sí, lo hago. Mejor le avisaré a Abraham que estás listo para irte.

Emma se dirigió a la salida sin esperar una respuesta de mi parte. La esquina de mi boca tironeó hacia arriba en una media sonrisa mientras la observaba marchar a toda prisa.

Hombre, ella era rara.

Noté un *flash* sobre mí y dejé de sonreír. La periodista de antes, Marcy Smith, bajó la cámara con la que me había fotografiado. Miró en dirección a Emma, que ya salía del restaurante, y luego volvió el rostro hacia mí con una sonrisa de suficiencia.

Mis labios se apretaron en una fina línea.

—¿Quién es la chica?

—Estoy bastante seguro de que la entrevista llegó a su fin hace varios minutos, señorita Smith.

Ella avanzó un paso hacia mí, sin darse por vencida. Una pareja que se encontraba en una mesa cercana puso su atención en nosotros y eso me incomodó.

—Entonces piensa que estás contándoselo a una amiga, James. —Me guiñó un ojo.

—Es difícil verla a usted como una amiga, porque usualmente mis amigos no suelen ser tan entrometidos. —Le di un educado asentimiento de cabeza—. Que tenga un buen día, señorita Smith.

Dejándola atrás con el rostro contorsionado por la molestia, me coloqué los lentes de sol que colgaban del cuello de mi camisa y salí del restaurante.

Abraham, uno de los choferes de la empresa, ya esperaba junto a la camioneta con la puerta abierta para mí. Subí de inmediato y él se montó tras el volante poco después, y nos puso en marcha rumbo a Beat. A su lado, Emma ocupaba el lugar del copiloto en silencio.

S S S

Dos días después de mi reunión con Marcy Smith, mi desagrado hacia la reportera

aumentó de forma considerable. Resultó que ella no solo trabajaba para la revista de música por la cual me entrevistó, sino que también era fiel colaboradora de *Sweet Celebrity Gossip*. Y como buena aliada de Caterina Stewart, Marcy no dudó en publicar en el blog de la revista de chismes la foto que me tomó en el restaurante cuando estaba distraído. Y, por supuesto, acompañó dicha foto con unas cuantas líneas que decían lo siguiente:

«Estoy segura de que, al igual que yo, no podrán negar que esa minúscula sonrisa en los labios de James Wolf es adorable. Tan adorable como misteriosa es la chica que provocó el gesto. ¡Sí, han leído bien! ¡Una chica! Alerta de nueva novia, Troublemakers. No hemos visto a Wolf en una relación desde el 2009, cuando se rumoró mantuvo un noviazgo con la misteriosa rubia apodada “Señorita X”. Sin embargo, y después de tanto tiempo, el pasado martes se le encontró muy acaramelado con la misteriosa castaña que lo hizo sonreír de tan dulce manera en un exclusivo restaurante de la ciudad.

¿Están las campanas del amor sonando para este chico malo una vez más? ¡Yo estoy muy convencida de que sí! ¿Ustedes qué opinan?».

Pues al parecer todo el mundo tenía una puñetera opinión al respecto, y por mi salud mental preferí no leer cada una de ellas.

Mike enarcó las cejas y pasó una mano por el rastro de barba prematuramente entrecana que cubría su mentón. La mirada que me dio indicaba una sola cosa: él quería respuestas.

—Es una estupidez —dije—. Está hablando de Emma. Y en ningún jodido momento alguien pudo verme acaramelado con ella porque eso sencillamente no ocurrió. Smith está hablando mierda solo porque ella puede.

Mike chasqueó la lengua y suspiró.

—Bien. El equipo de publicidad y yo nos encargaremos del asunto, entonces. Solo quería estar seguro de lo que ocurría antes de hacer cualquier declaración al respecto.

—Pues ten la seguridad de que esa nota no es nada más que basura.

—De acuerdo. —Asintió y comprobó la hora en su reloj—. Se está haciendo tarde, es mejor que te apresures. Abraham te llevará al evento y te recogerá cuando le indiques. Sé que odias ir a estas cosas pero, por lo que más quieras, James, actúa un poco como si no fuera un maldito suplicio. Todos tenemos que hacer cosas que no nos gustan de vez en cuando. Sabes bien que las relaciones son importantes en el mundo en el que te desenvuelves, así que tratemos que esto salga bien, ¿vale? No estoy pidiéndote que vayas y finjas que esas personas son tus mejores amigos, pero sé cordial. Los demás ya deben estar en camino también.

—Bien. Te veré más tarde —fue toda mi respuesta antes de salir de su oficina.

Fuera, Emma estaba apoyada contra la pared con las manos enlazadas tras su espalda y la vista fija en el suelo. Levantó la mirada cuando me acerqué a ella y, sin decir nada, comenzamos a caminar por el pasillo.

Marcy Smith era una desquiciada. ¿Emma Hayes y yo acaramelados? O ella era muy ciega o era solo que le encantaba inventar chismes. Me inclinaba más por la segunda opción, sin duda.

Miré de reojo a mi asistente, quien caminaba con la cabeza gacha y fruncía el entrecejo mientras se mordía los labios con nerviosismo. Había llegado a la deducción de que la fierecilla en ella dormitaba en su interior hasta que se la provocaba. Cuando Emma Hayes se

cabreaba en serio, sacaba las garras sin pensarlo.

—Entonces... —la oí murmurar cuando nos acercábamos a las puertas dobles de cristal de la entrada principal.

—¿Um? —La miré y me detuve porque ella lo hizo primero.

Emma suspiró y cruzó los brazos sobre su pecho. Parecía incómoda. Podía tener algo que ver ese ridículo artículo de *Sweet Celebrity Gossip*, seguro lo había leído y no tenía que ser muy lista para saber que la chica de la que hablaban era ella.

—Según esto —sacudió la agenda electrónica en su mano—, mañana no tienes ningún compromiso ni con la banda ni en solitario. Mi pregunta es... ¿qué hago yo en días como esos? Porque Michael dijo que, a menos de que tú digas que me necesitas para algo, este podría ser un muy agradable viernes libre para mí...

La contemplé durante largos segundos, ella parecía esperanzada ante la idea de no tener que vernos. No era la única. Inhalé profusamente y fruncí los labios. Si había pensado que tal vez estaría bien la idea de tenerla como asistente, ese estúpido rumor difundido por Marcy Smith me había convencido de lo contrario.

No quería atraer ese tipo de atención negativa hacia Emma y ponerla en la mira de fanáticas molestas y la prensa. Pero, luego del artículo donde me vinculaban con una «misteriosa castaña», no estaba seguro de poder evitarlo si se nos veía juntos en público.

—Puedes tener tu muy agradable viernes libre mañana —aseguré—. Es más, tómate el sábado también. No hay nada importante ese día, ¿verdad? Solo debo venir aquí para una reunión de la banda. No te necesito para eso.

—¿En serio? —inquirió, entornando los ojos con sospecha.

Bufé.

—Muy en serio, Hayes. No quiero verte hasta el lunes, necesito un descanso de ti.

Ella apretó los labios en una mueca.

—Pues lo mismo digo. No creas que es fácil lidiar contigo.

—Lo haces porque quieres, la puerta es muy grande para que te vayas en el momento que lo desees. Ahora, si me disculpas, la verdad es que tengo prisa.

S S S

Eran poco más de las cinco de la mañana del sábado cuando pensé que quien sea que estuviera fuera de mi apartamento tenía serios planes de derribar mi puerta.

Salí de la cama con el molesto sonido de los golpes martillando en mi cabeza, provocándome una buena jaqueca. Con el ceño fruncido me asomé por la mirilla para ver de quién se trataba y encontré allí una silueta familiar. La reconocía a pesar de que no podía ver su cara del todo bien.

Abrí de inmediato, espabilado por lo sorpresivo de su repentina visita, y el rostro de Celine Langford se alzó para verme. Mi pulso se desató de golpe y contuve la respiración durante más de medio minuto. Ella compuso la postura, parándose recta, pese a estar claramente bajo los efectos del alcohol, y la dura línea que eran sus labios cedió en una sonrisa.

—Celine —murmuré con voz ahogada, aferrándome a la puerta.

—Hola, James —me saludó mi madre.

Esbozó una mueca, las manchas de delineador corrido le daban un aspecto demacrado a

su rostro anguloso. Siempre pensé en ella como una mujer bella, sin embargo, sus excesos comenzaban a pasarle factura. Si seguía en ese camino, siguiéndole el ritmo al desvergonzado de Aiden, pronto no quedaría ni la sombra de lo que era. No obstante, su porte distinguido no había cambiado. La mujer a la que conocí alguna vez seguía allí dentro, escondida.

—¿A qué has venido? —la pregunta salió de mi boca sin pensarlo.

Ella frunció el ceño y levantó una mano, indicando que me detuviera. Iba a decirle algo más, pero al final opté por quedarme callado.

—Harás que me duela la cabeza, cariño —advirtió, manteniendo sus cejas casi unidas al hablar—. Aiden y yo estábamos cerca y le dije que quería verte.

—¿Él está aquí? —escupí con los dientes y los puños apretados, a la defensiva.

Celine me dirigió una mirada hosca.

—No pudimos venir para tu cumpleaños —dijo, encogiéndose de hombros—. Te llamé ese día y no contestaste.

No entendía a qué venía eso ahora, ambos sabíamos que hacía bastante que no pasábamos mi cumpleaños juntos. Desvié la mirada y dejé que se me escapara un ruidoso suspiro.

—Son casi las cinco treinta de la mañana, Celine —dije, pellizcando el puente de mi nariz con disgusto—. Es sábado, mi cumpleaños fue hace casi un mes y tengo que ir a la empresa en un rato más. Esto no tiene sentido. Es mejor que vuelvas a Coney.

Tras oírme, me ofreció una mirada dolida.

—¿No tiene sentido? ¿En serio? Porque estoy tratando de que esto —me señaló a mí y se señaló a sí misma— funcione. Pero tú no pones de tu parte, James.

Solté una risa llena de amargura, negando con la cabeza a sus palabras.

—¿No te has dado cuenta de que esto —imité el mismo gesto que hizo antes— no funcionará porque para ti lo único importante es el imbécil de Aiden?

—¿Por qué sigues tan empecinado en odiarlo? No te ha hecho nada.

—¿Que no me ha hecho nada, dices? —vociferé—. ¡Él es un jodido imbécil, Celine! Un parásito de mierda que lo único que hace es derrochar el dinero que, como el gran idiota que soy, deposito en tu cuenta cada mes. Y tú eres tan ciega que no lo ves, no te das cuenta de que él está contigo solo porque... —apreté los labios, callándome el resto.

La aversión con la que Celine me miró después de lo que dije, debo admitirlo, dolió. Dolía como el infierno que para ella yo fuera el hijo malo, el que no la entendía y no quería verla feliz.

—¿Te das cuenta de lo que haces? —me acusó—. Es por eso que nunca funciona entre nosotros, James. Eres obstinado, das por sentado que nunca te equivocas, que eres perfecto y que juzgas mejor que los demás... ¿Por qué no puedes aceptar a mi pareja? ¿Por qué es tan difícil para ti?

Mis dientes dolieron cuando los apreté con demasiada fuerza. ¿Yo era el que hacía algo mal? No, mierda, no. Yo sabía que podía equivocarme más que nadie, que estaba a años luz de creerme a mí mismo perfecto y mis juicios no siempre eran los mejores, pero le había dado las oportunidades suficientes al imbécil que ella amaba como para saber que él no merecía la pena. Un hombre que la hacía llorar, que podía perderse por semanas con

cualquier otra mujer y luego regresar diciendo «lo siento, me equivoqué, no lo volveré a hacer», para mí, definitivamente, no valía la pena.

—No, no —mascullé, sintiendo la rabia reverberar en mi interior—. No me culpes por ello, Celine. Tú no puedes estar conmigo simplemente porque no quieres, porque hiciste tus elecciones y en la escala de prioridades está claro que él va antes que yo, así que no me eches la culpa de esto ahora. —Pasé una mano por mi cabello con tosquedad, me sentía asfixiado. Contenerme de gritarle me supuso un enorme esfuerzo, inhalé profundamente y solté el aire—. Creo que deberías irte... —musité.

Ella no respondió, sus manos se hicieron dos puños a sus costados y su labio se crispó con furia mientras solo me miraba. Luego de un minuto en tenso silencio, finalmente mi madre dio la vuelta y se marchó. Y así era como terminaba otro encuentro familiar. Carajo.

Tiré de mi cabello con frustración y cerré la puerta. Me arrastré hasta la sala de estar, me tumbé en el sofá y enterré un cojín en mi cara. Y me sentí estúpido, tan estúpido, porque a pesar de los años, a pesar de que sabía cómo eran las cosas entre nosotros, ella seguía dejándome un nudo en la garganta después de cada encuentro. Y yo odiaba esa sensación de ahogo, de saber que las lágrimas podían llegar tan fácilmente e irse con tanta dificultad.